3 1761 09546029 1

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

:: :: BIBLIOTECA ECONÓMICA :: ::
DE CLÁSICOS CASTELLANOS

2 frs.

A

MORATÍN

DERROTA DE LOS PEDANTES

Sociedad de Ediciones
LOUIS - MICHAUD
168, Boulev. Saint-Germain
:: :: :: PARIS :: :: ::

1912

Geo Duriva

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

LA DERROTA DE LOS PEDANTES

EN LA MISMA COLECCIÓN

PUBLICADOS :

DON LUIS DE GÓNGORA, **Obras poéticas.**
GONZALO DE BERCEO, **« Prosas ».**
QUEVEDO, **Los Sueños.**
SAN JUAN DE LA CRUZ, **El Cántico Espiritual.**
ESTEBAN GONZÁLEZ, **Estebanillo González, hombre de de buen humor.**
EL ARCIPRESTE DE HITA, **El Libro de Buen Amor.**
HURTADO DE MENDOZA, **Lazarillo de Tormes,** y
VÉLEZ DE GUEVARA, **El Diablo Cojuelo.** } 1 vol.
MORATÍN, **Derrota de los pedantes y Poesías.**

EN PRENSA :

EL MARQUÉS DE SANTILLANA, **Poesías.**
GARCILASO, **Poesías.**
FRANCISCO DELICADO, **La Lozana Andaluza.**
CERVANTES, **Teatro.**

DERECHOS RESERVADOS

2a

Don Leandro Fernández de Moratín

LOUIS-MICHAUD
168, Boul. Saint-Germain
PARÍS

(Sociedad de Ediciones Louis-Michaud. — París.)

MORATÍN. — DERROTA DE LOS PEDANTES Y POESÍAS

APRENDIZ de joyero durante su infancia, Moratín gustaba más de tejer versos que de engarzar piedras. Célebre más tarde, se hizo caballero y paladín de una cruzada *pro arte*, y escribió su admirable *Derrota de los Pedantes*, que le coloca el primero entre los prosistas de su tiempo, y que es obra de lucha y controversia, en donde, burla burlando, manifiesta Moratín su depurado gusto, su cultura abundante y selecta, su razonado sentimiento artístico.

Como poeta, es correcto y flúido. Muestra de sus aficiones á la sencillez clásica son las traducciones de Horacio, que también forman parte de este volumen realzado con el retrato del autor, y un estudio preliminar.

SOCIEDAD DE EDICIO

LS
M8314d

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE CLÁSICOS CASTELLANOS

Leandro Fernández

L. F. DE MORATÍN

LA DERROTA DE LOS PEDANTES

Y POESÍAS

490212
20.4.49

SOCIEDAD DE EDICIONES
:: LOUIS-MICHAUD ::
168, boulevard St-Germain, 168
PARIS

VIDA Y OBRAS

DE DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Don Leandro Antonio, Eulogio, Melitón Fernández de Moratín nació en Madrid, en el año de 1760. *Era hijo de D. Nicolás Fernández de Moratín, el autor de* Hormesinda *y de las briosas y castizas quintillas de la* Fiesta de toros en Madrid :

Madrid, castillo famoso...

Don Leandro era aprendiz de joyero: más amigo de tejer versos que de engarzar piedras, escribía romances, que dedicaba á sus futuros protectores : Jovellanos, Godoy. Obtuvo dos accésits en los certámenes poéticos de la Real Academia Española, de los años 1779 *y* 1782. *Comenzó los estudios eclesiásticos y fué tonsurado en* 1789. *Dos años antes, y merced á la decidida y eficaz protección de don Gaspar Melchor de Jovellanos, había sido nombrado secretario de la embajada española en París. Vuelto á Madrid, le fué otorgada la gracia de un beneficio y de una pensión, pero no llegó á ordenarse. Más tarde viajó por Inglaterra, Italia, Alemania, los Países Bajos, y en estas andanzas, y con el trato de los literatos más en boga en aquel tiempo, se depuró y afinó su gusto, ya de por sí exquisito y refinado. Estudioso y sincero, adquirió una gran cultura, infinitamente superior á la de sus compatriotas que por entonces se alzaban con el dominio de las letras.*

Á la muerte del fabulista Félix María de Samaniego (1801), *fué nombrado traductor oficial, y muestra de sus aptitudes y de su imparcialidad es la traducción de* Hamlet, *á la que precede un breve prólogo explicativo.*

La invasión francesa truncó la armonía de su vida. Temiendo á los invasores, se refugió en Vitoria, y olvidando los beneficios de la rama legítima y lo antipatriótico de su conducta, aceptó el puesto de bibliotecario real de José Bonaparte. Y cuando éste fué derrocado, Moratín se ocultó en Peñíscola. Turbadas sus facultades por una manía persecutoria, se creía rodeado de implacables enemigos, que le tendían mortales asechanzas. Para escapar de ellas huyó á Italia, y luego á Francia. Murió en Bayona, en el año de 1828.

Lo más importante y fundamental de la obra de Moratín son sus comedias. En ellas intentó, y lo consiguió hasta cierto punto, desterrar los engendros calenturientos de los dramaturgos contemporáneos. Para ello tuvo que sufrir persecuciones y soportar las iras de la chusma.

Su Mogigata *fué censurada gravemente por la Inquisición, y* El viejo y la niña *fué prohibida por la censura eclesiástica.*

Tuvo Moratín, acaso más que otro autor alguno, la obsesión de las reglas dramáticas que dictaminaron los preceptistas franceses. El autor que se propuso imitar fué Molière, del cual tradujo Le medecin malgré lui *y* l'École des maris. *Tiene parecidos lejanos y semejanzas remotas con él; le faltan su humana genialidad, la inspiración fecunda y constante.*

Para Moratín, Lope de Vega era vulgarmente chavacano, y Calderón un desatado visionario. Y estos defectos, capitales á su juicio, agigantados por la ignorancia de sus imitadores, fueron los que se propuso corregir, principalmente en El café ó La comedia nueva, *cuyo personaje Eleuterio Crispín de Andorra es retrato caricaturesco del nefasto y famoso Luciano Francisco Comella, disparatado abastecedor de obras en los corrales madrileños.*

Luchando contra la viciada educación de la mujer, escribió El sí de las niñas, *su obra maestra, que fué aplaudida y encomiada, á pesar de los esfuerzos en contra de sus antagonistas. Tanto en esta obra como en* El café, *son admirables la pintura de los caracteres, el primor del diálogo, la justeza y exactitud de todos los detalles.*

Caballero y paladín de una cruzada pro arte, *escribió su admirable* Derrota de los Pedantes, *que le coloca el primero entre los prosistas de su tiempo, y que es obra de lucha y controversia, en donde, burla burlando, manifiesta Moratín su gusto depurado, la lectura varia y selecta, el razonado sentimiento artístico.*

Producto de sus vastas lecturas y grandes conocimientos de la dramaturgia nacional es la obra Orígenes del Teatro español. Catálogo histórico *y* crítico de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega, *verdadero monumento para su época, aun citado y encomiado por autoridad tal como la de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y base de los modernos trabajos bibliográficos como, por ejemplo, el* Catálogo *del señor de la Barrera, sin hablar, por sus modestos límites y altura, del de Mesonero Romanos. Siendo la inmensa mayoría de las obras catalogadas y analizadas por Moratín opuestas en un todo á su criterio estético, sabe sobreponerse á éste y alaba lo que es de alabar, y sólo en raros casos se limita su criterio y se agría su crítica segura y fina.*

Como poeta, es Moratín fluído y correcto, acaso un poco frío. Muestra de sus aficiones á la simplicidad clásica, son las traducciones de Horacio, tanto más de alabar cuanto menos sentía él el bonachón regodeo y el plácido y amable escepticismo del poeta de Venusa.

A. A. DE LA V.

EDICIONES

Madrid, 1786, 1789, 1798, 1804, 1806, 1812, 1814.

Obras de L. F. de M. tomo II de la *Biblioteca de Autores Españoles.*

Obras póstumas. Madrid, 1867-68.

E. Hollander, *Les Comedies de Don Leandro F. de Moratin.* París, 1855 (traducción francesa).

BIBLIOGRAFÍA

E. Cotarelo y Mori, *Estudios de historia literaria.* Madrid, 1901.

La derrota de los pedantes

Esta obra no necesita prólogo, por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponérselas.

Estábase Apolo durmiendo la siesta á más y mejor en un mullido catre de pluma; un mosquitero verde le defendía de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; el palacio en profundo silencio, y el dios bien comido, mejor bebido y nada cuidadoso. Roncaba, pues, su reluciente majestad, haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se había quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Plutón, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalón del palacio, que parecía hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio, dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talares, porque madama Terpsícore (1), la más juguetona y revoltosa de todas las nueve, había ido poco antes á la cama, pasito á pasito, y se los había quitado por hacerle rabiar. Afligióse sobremanera, y á

(1) Musa del baile, de la cítara y de los coros alegres.

tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano si no depone todos los tratos, quedándose á la ligera, como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujón de gente, que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducían á Clío (1) desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. « ¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo; qué es esto? — ¿Qué ha de ser?, respondió Juan de la Cueva (2), que venía haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuetes; ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las musas cuál más cuál menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos más. — ¿Pero no sabremos?... — No hay más que saber, añadió Ercilla, sino

(1) Bernardo de Valbuena (1568-1627), poeta épico, obispo de Puerto Rico. Autor de *La grandeza mejicana* (1604), *El siglo de oro* (1608) y de *El Bernardo ó la Victoria de Roncesvalles* (1624). Se le atribuye un poema épico, *La Cristiada*, que se ha perdido.

Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), famoso poeta épico, autor de *La Araucana*, publicada en Madrid el año de 1569. Este poema, digno de un buen poeta, fué mencionado y encomiado por Voltaire en su poema *Henriade*. La dote sobresaliente de Ercilla fué la grandilocuencia poética, y como ejemplo se cita el famoso discurso del cacique Colocolo.

Clío, musa que preside el canto de los hechos ilustres y la historia.

(2) Juan de la Cueva de Garoza, célebre poeta de la escuela sevillana. Sus obras *El viaje de Sannio* (1585) y *Coro febeo de Romances historiales* apenas tienen importancia é intéres. Su fama es como autor dramático predecesor de Lope de Vega. Aprovechó el tesoro épico y poético del Romancero en sus obras: *Los siete infantes de Lara* y *El cerco de Zamora*. Escribió *El infamador*, primera aparición en la escena española del tipo de *Don Juan*.

buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro. — ¡Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo día me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacía yo en no querer admitir el convite, por más que mi hermano me molía á recados todos los domingos; mi padre come mucho mejor que él, y más me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe (1); no, si yo no fuera tonto, no me sucedería esto. ¡Majadero de mí, que podría estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe (2) á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi fortuna! »

Esto decía Mercurio, lleno de indignación; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clío, y otros buscaban á Esculapio (3), que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrían desatinados, de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba, roncaba todavía como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro, y otro, y ni por esas podía dispertarle; de manera, que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro no lo hubiera contado por gracia el Sr. Timbreo (4). Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre

(1) La fuente Aganipe ó Hipocrene, del monte Helicón, consagrada á Apolo y á las musas.

(2) Hija de Juno, diosa de la juventud, y la que servía la copa á los dioses.

(3) Patrón de los médicos.

(4) Uno de los nombres poéticos de Apolo.

los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia (1), que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

« ¿Qué haces hermano?, le decían á Apolo; aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas (2) han ensillado y enfrenado á Flegón (3) para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que, á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitrán y ruedas de molino, ataje, si puede, nuestra desgracia. ¡Ay!, y dirásle que no se descuide, que no es ésta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer jigote (4), sino un ejército el más formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

— Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto.—Ay, hijo, mío, ¿descalabrado estás?, dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? — No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedición? — No son esos, replicó Polimnia, ni ¿cómo era posible

(1) Dos de las nueve musas.

(2) Las nueve ó diez Horas, diosas criadas del sol que le ponen los caballos al carro, hijas de Júpiter y de Temis.

(3) Uno de los cuatro caballos del sol; los otros tres son Pirœis, Eoo y Etón.

(4) Alude á la lucha de Júpiter con los gigantes que se revelaron contra él, poniéndole en grave aprieto. Con este asunto escribió Claudiano un poema titulado *Gigantomachia*, que ha llegado incompleto á nosotros.

caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga : son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traducción galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina : unos, que hacen tráfico del talento ajeno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demás. Otros, y éstos son los más en número y los más insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de más defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Éstos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; éstos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y éstos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nación que los tolera, se han atrevido, al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos

el común quebranto, cuando la muerte arrebató al más piadoso de sus reyes, para levantar sobre el trono español al más grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?... ¡Mísera!... Corre, y verás por ti mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecía por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el más tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque según su número no parecían otra cosa) se combatían furiosamente al pie de la escalera principal: el uno defendiendo el paso de ella, y el otro, que ocupaba todo el portalón y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendían. El ejército amigo se componía de las guardias y dependientes del palacio y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Caliope y Clío estaban ya á componer, acompañadas de varias ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatían en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que había unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos

dioses recelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor, para no ser de nadie conocido. Echó á andar, siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temían verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con más ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron éstas para el dios de los tabardillos : tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsícore, muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichón que llevaba en la frente, tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos: « ¡Ay, hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen : Quevedo y Cervantes ¡ mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardan; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura. »

— ¿Y mis zapatos?, dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos?, ¿en dónde me los has puesto, picarona? — Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera, póntelos á prisa, que para escaparte son que ni pintados. — ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines alíjeros : ¿yo escapar? no en

mis días; ahora sí, escapar : dejadme á mí, y veréis quién es Calleja.

Dicho esto, se disparó por los aires adelante como un cohete, y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes : « ¡ Ah, de abajo ! decía, ¿qué tremolina es ésta? ¿Qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algún bodegón? Canalla soez, ¿qué es esto? »

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algún tanto la pelea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbación que su presencia les había causado, prosiguió diciendo : « Mi hermano Apolo quiere que dejéis las armas por una y otra parte; y á vosotros, quienquiera que seáis, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretensión tuviereis, me la digáis al instante sin andaros en ambajes ni tranquillas; que como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses ».

Separáronse en efecto las dos cuadrillas : los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos, recogiendo algunos heridos, se hicieron un pelotón. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella baraúnda; pero como no había entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañitaba diciéndoles que callasen y uno sólo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podía lograrse de bien

á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á la mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo :« Puesto que no es posible haya unión en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitáis, he pillado á éste para que hable por todos y nos informe de lo que hasta ahora no habéis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general, para que no pasen los estragos adelante y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un sólo dedo del último escalón de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la línea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razón, y cuenta con ella; porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegáis á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buídos, y todos ellos sin estrenar ». Esto decía el dios del babeo, únicamente para atemorizarlos, porque, según se supo después, no había en toda la casa más instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene (1).

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados, y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillán que había pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido, y abriendo un camaranchón sucio que había ser-

(1) Musa que preside la tragedia.

vido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamén buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificación y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni más ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio; tratóse de lo que en el caso convenía, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia, para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado ó, por mejor decir, al traído, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier exceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la caballera, su hermano marchó á buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caía al portalón, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza.

Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro había compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala

suerte, y llorando su prisión como pudiera el mismo Macías (1).

« ¡ Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula ! Para mis barbas si no es éste el peor de su rebaño. ¡ Haya picaruelo ! ¿No há nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y « mariposilla incauta », y « arroyuelo murmurador? » Por mi vida, que el tal improvisante debe de tener manejo y venas. »

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño : « Salga acá afuera, señor galán, salga acá fuera, que ya he llegado á entender su habilidad; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle. »

— ¡Oh, favor ! exclamó el de los ovillejos, ¡ oh, favor !— Y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistía, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta, sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenía en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas, para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podía contener la risa.

---

(1) *Macías ó Namorado*, famosísimo trovador del siglo XIV, cuya desventurada historia de amores ha conservado una leyenda pintándole como dechado de fieles amadores. Cuéntase que, preso en la cárcel de Arjonilla, fué muerto por el marido de su dama. Sus versos, infinitamente inferiores á su fama, pueden leerse en el *Cancionero de Baena* ó en la edic. del señor H. A. Renner, Philadelphia, 1900.

En la romántica leyenda de Macías están inspiradas la comedia *Porfiar hasta morir* de Lope de Vega y la novela de Larra (FÍGARO) *El doncel de Don Enrique el Doliente.*

« ¡Qué, es posible, decía arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, qué, es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo numen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh, favor! Pero, ¿es cierto, soberano Alípede, es verdad ó ilusión dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó extravío de la imaginación férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada calígine... — No es calígine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habéis dicho, replicó Mercurio : mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que tratéis de no hablarle en culto, ni le juguéis del vocablo, ni le digáis quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcón y le obedecerán al punto. »

— ¿ Qué decís, ínclito nuncio del Tonante?, replicó el del cisco : ¿ tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. — Si es posible ó no, anadió Mercurio, veréislo después, y vuelvo á avisaros que si no dejáis esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar muy mal, señor repentista. — *Sileo libenter*, dijo el poeta, y en éstas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salón de audiencia. Asomóse Mercurio, y vió que aún no había venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetía tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

« ¡Qué vaciedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal :

aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres; ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mœcenas atavis*, magnánimo y liberal, le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Ánimas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh, pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo; esto es : *pauperiem* la pobreza, *pati* sea para ti, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones más doctos es abominada. ¿Y qué obras son éstas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad : de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur*? Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico : vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegíaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevención, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica,

porque de todo tratan *usqus ad salietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prisión, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrían? Pero, ¡ qué sonetos ! ¡ qué madrigales ! ¡ qué romances ! ¡ qué estrambotes ! ¡ qué enigmas amorosos ! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanza, quejas, favores, de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demás la Naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nise ! ¡ ay, idolatrada señora mía ! Ésta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesión, según consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi colección manuscrita), ésta es la que encendió mi numen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendría diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor que, como llevo dicho, vulneró mi corazón en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolución de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si queréis la prueba : unos cuatrocientos endecasílabos

que compuse á la proclamación de nuestro soberano; dicen así ni más ni menos : *favete linguis* :

El día diez y siete del corriente,
Á cosa de las nueve ó nueve y cuarto
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo;
De manera que cosa más lucida
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.
Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los más con bordadura, y los restantes
Á cada cual mejor (si no me engaño);
Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Según estaba ya determinado.
Y al llegar á la puerta... »

— Basta, basta, dijo Mercurio, no me recitéis más versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demás no serán mejores; callad, por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

— Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composición pindárica no es la más acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor*, ni sé cuándo me veré con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh, ignorancia!, ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡ yo sin haber almorzado todavía! ¡yo debiendo cincuenta reales al padre procurador del Carmen por los alquileres de mi

desván! ¡yo, que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sánchez de Matrimonio*! ¡yo, que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo, que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte?, ¿quién ha hecho callar á tanto hombrón erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfión armónico? Sí, señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué sería ¡oh Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo... — El mismo infierno con todas sus furias desatadas debéis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio; ¿qué es esto? ¿no os he dicho ya que calléis? ¿Os estaréis hablando hasta mañana, parlanchín ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoséis los labios para decirme una sola palabra, os desuello vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedantón, y qué insolente!

— *Parce domine*, respondió el coplero; y no bien había abierto la boca para decirlo, cuando el Alípede alzó el puño en ademán de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron, pues, en un salón magnifico y espacioso; el pavimento y las paredes eran de exquisitos mármoles, la decoración corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como también los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficción.

Allí se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano; muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplación de los objetos más sublimes. En una parte se veía á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió después á materias más durables, variando, según la mayor ó menor consistencia de ellas, la proporción de sus edificios. Á otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando los campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose después lentamente con la invención casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un río, fiados en un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz y los demás astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba superticioso el temor, y más allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma, que en algún modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solón, Licurgo y Numa establecían leyes gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á más distancia se veían florecer las ciencias y las artes

á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el poeta Homero, á quien rodeaban con admiración los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro, al son de la lira, celebrada con sublime verso las victorias ístmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hierón. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacía aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Léucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faón; en tanto que Anacréon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las academias, el liceo y el pórtico las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar, con el auxilio de la música, las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió después para obscurecer la gloria de cuantos le habían precedido. En otra parte, Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruído, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá, Demóstenes, desde la tribuna de las arengas, conmovía al pueblo ateniense; le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milcíades, Conón, Cimón y el justo Arístides; y oponiéndose, por una parte, á todo el poder de Filipo, y por otra, á la envidia, la

calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía, á pesar de su elocuencia irresistible, perecer para siempre la libertad de su país, y perecía con ella.

En el testero del salón había un trono riquísimo, y en él estaba Apolo : siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio; y los más célebres poetas españoles, según la edad en que florecieron, así ocupaban por su orden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demás al ver su figura ridícula, porque era el hombre la más triste visión que imaginarse puede : reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrían el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raídas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas, á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran más vivos de lo que su edad prometía, la acción teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

« Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba; él te dirá lo que deseas saber»; y acercándose á él, le dijo al oído: « Mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en más repulgos; porque si así no lo hiciereis, témome mucho que mi hermano os mande freír y echar á las perros, según le he visto de mal humor esta tarde »; y habiendo dicho esto, se fué volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera :

« Reverberante Numen, que del Istro
Al Marañón sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcísono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
Si la alígera prole de Caístro
Blandos ministra acentos á mi burda
Armónica pasión, ¡ ay ! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.
La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro,
Y hortando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro. »

Reventaba Apolo entre la indignación y la risa; las Musas se tendían por los suelos, dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban los unos á los otros, sin saber lo que les sucedía; y el badulaque, muy satisfecho, se disponía á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja (1), que estaba inmediato, le dijo:—Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declaméis versos tenebrosos; lo que única-

(1) Elegante y pulcro poeta de la escuela sevillana. Autor de correctos sonetos y primorosas silvas. Durante mucho tiempo se le ha considerado autor de la genial *Epístola moral á Fabio*, pero el Sr Castro la atribuye á Pedro Fernández de Andrada; y de la famosa composición *Á las ruinas de Itálica*, que es de Rodrigo Caro, como ha demostrado el Sr. Fernández-Guerra y Orbe.

mente quiere es... — ¡ Ah ! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes; pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo :

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda
Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Símil no mucho á resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caístro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz rompiendo el diáfano teristro,
No ya disímil yo, si el indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,
Métricos mucho al eminente claustro
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro !
Que el cénit giras en ebúrneo plaustro.

— ¡Hola, ministros !, dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádsele á Plutón con un recado mío, para que se le entregue á los genios tartáreos, y le atormenten con los suplicios más atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo; no quiero verle.

Esto decía el dios bermejo, con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las Musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin

se moderó algún tanto habiéndole prometido todos, en nombre del tuerto, que no volvería á decir más versos, sino que en prosa llana y pedestre relataría cuanto era menester; y él, mientras esto sucedía, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una canción estigia, que pensaba recitar á Tesífone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la más jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y D. Juan de Jáuregui (1), los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debía hacer para no incurrir en la indignación de Apolo.

« Haré cuanto me decís, respondió después de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narración un estilo medio, ya que el sublime ha merecido

(1) Aunque son varios los poetas de nombre Figueroa, es seguro que Moratín se refiere á Francisco de Figueroa (1536-1620), natural de Alcalá de Henares y á quien Cervantes hace intervenir en la *Galatea* con el nombre de *Tirsi*. Es un delicado y melancólico poeta de la famosa escuela salmantina. Se alaba en él sobre todo la maestría incomparable con que empleó el verso suelto, que fué el primero en implantar en la métrica española.

Juan Martínez de Jáuregui (1583-1641), poeta de la escuela sevillana. Traductor admirable de la *Aminta* (1607) de Tasso y de la *Farsalia* (1634) de Lucano. En ambas son de admirar la elegancia del lenguaje, junta con la asimilación perfecta del espíritu de las obras traducidas. Obras originales son *Orfeo* (1624) y sus *Rimas*, publicadas en 1618. Tomó parte, en contra, en el gran movimiento literario que promovió el gongorismo, con su obra *Discurso poético contra el hablar culto y oscuro* (1624). Hay, sin embargo, en sus obras, rasgos genuinamente gongoristas. Por un pasaje del prólogo de las *Novelas Ejemplares* se ha creído que Jáuregui pintó el retrato de Miguel de Cervantes.

tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titán radiante, prodigio délfico, deidad esmíntea, el suceso es este :

» Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguán, somos alumnos vuestros; la divina Poesía fué nuestra delicia desde los años infantes; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiración; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

» ¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composición? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas (1). ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

» Pues ahora bien : supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupación, y que, altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Diciti Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

» Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cuál debe

(1) Diccionario de rima y tratado de preceptiva poética muy famoso. Fué compuesto por Juan Díaz Rengifo, pseudónimo bajo el cual, según se dice, se ocultaba el P. García Rengifo, de la Compañía de Jesús. Se titula *Arte poética española*. Salamanca, 1592. De esta obra de gran mérito para su tiempo y de gran utilidad por las noticias curiosas que contiene se hicieron numerosas ediciones.

ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? ¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios, aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo; así, pues, siendo poetas, debemos poetizar, y no otra cosa; debemos ilustrar á la nación, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

» Pero esta nación ingrata ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros, procurando su felicidad y su gloria, la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido, según la hemos visto decadente y malparada.

» Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego), cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

» Se ajustó la paz, coplas á la paz; nacen los gemelos, coplas á los gemelos; nace nuestro príncipe Fernando, coplas á D. Fernando; se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

» Pero ¡con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felices invenciones las nuestras! ¡oh qué felices! ¡Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esaú! ¡Oh Rómulo y Remo! ¡con qué oportunidad la providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros,

sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra princesa había dado á luz un Esaú brutal, un Rómulo fraticida, y lo que es más lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Elena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

» ¿Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí y trazas llevan de no soltarle hasta la consumación de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio, con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido : ¿se trata, por ejemplo, de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene más que acostarse y apagar la luz. Á media noche se le aparece un trasgo, una ninfa, ó cualquiera otro personaje alegórico, con gran concurso de geniezuelos alrededor, y éste tal personaje reprende al vate su modorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto y aquéllo, y lo de más allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pío, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparición hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas, con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la visión acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del río, al otro cogiendo el sol en

un cerro; pero siendo el fondo de la ficción el mismo, siempre es mérito igual y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

» ¿Y el estilo? ¿y la versificación? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillejo más diminuto y vil á las octavas más retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables, que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupción de coplas, con este chorroborro perenne de versos hemos llevado al más alto punto de perfección el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los más célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

» Así nos lo persuadíamos; con este fin trabajamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria : *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

» Pero ¿qué sucedió? ¡Oh iniquidad! ¡oh livor! ¡oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que así como el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que así como el murciélago torpe, que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril, asiéndole una de sus aurículas, le extrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan el orbe, forceja y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir

la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponía la opacidad de su incipiencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron entaremente, nos adjetivaron del modo más cruel.

» Este fué el galardón, ésta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios : después de habernos recocido los sesos en amontonar erudición gentílica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrosa ocupación ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo, que nos hallaba en vela todas las noches : *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

» Pero como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio más inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y corrección, que algunos ínvidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan económos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa (1). Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nación gran cantidad de epigramas, dichicos, anécdotas,

(1) Se alude naturalmente á la redecilla ó bolsa colgante que formaba parte del tocado masculino en tiempo de Moratín, como puede verse en los cuadros de Goya y grabados de la época.

chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustración pública. ¡Oh, cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡Oh, qué traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el más pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo, de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto sólo, si he de hablar en puridad, en esto sólo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente : bien es verdad que, según él está arreglado, parece que se hizo exprofeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡oh! ¡nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesión!

» ¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculación, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros; sobre la tolerencia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué, así como somos universales en las ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué, siendo tan desaforadamente instruídos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y estremece y horripila.

» Ya en algún modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuán pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat,* que quiere decir, el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho días; el público se desengaña, ó nosotros, por un quítame allá esas pajas, nos estropeamos á garrotazos en un portal; y la discordia, que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilión, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

» Pero en el *hic et nunc,* en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia; cuando circuidos de horrores y faltos de consejo, hallábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobreguecs, *ecce Corinna venit, ecce,* benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un príncipe, la nación le jurará sucesor al trono de su padre. Madrid previene regocijos, esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurrección.

« Queremos cantar, sí, señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe D. Fernando (1), con la misma gracia con que desempañamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á extasiarnos y á dormirnos, y cruzarán por esos aires á media noche, al son de los chirriones de la

(1) Luego Fernando VII.

limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa visión, desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heroicos y romanzones, que será una confusión.

» ¿Y los toros? ¡Oh, mi Dios! ¡los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias exquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones, en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de San Marcos, el toro de Europa, y el *toro pater*!

» Queremos, pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas; no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardarruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto á bajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá diario, ni gaceta, ni biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras. Pero ¡ay cirreo numen! ¡ay reverendo citarista fúlgido! ¡Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

» ¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos, que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡oh deidad crinada y arcitenente! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

» Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretensión que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en

su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada según estilo, en la cual se exprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Diréis, además, que nosotros los que tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas hueros, trasgos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcísonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobación hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Diréis que para que la nación acabe de iluminarse es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Diréis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudición, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiendo que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que, por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupción poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo príncipe, acudan á las

librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

» Tal es, señor, nuestra pretensión : que con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro : comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos más peligrosos, cuando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el Abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles ungidas en aromas índicos... pero en vuestro ceño, radiante numen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos : sigo, pues, adelante.

» En esta, como dije, deliciosa mansión de Flora, descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tácitos y tranquilos; comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicímoslo así; nos preguntaron quiénes éramos y á qué veníamos; respondimos á todo; y sacando el que parecía jefe de los demás un volumen membranáceo, leyó en él no sé qué indices ó apuntaciones, y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh, respuesta amarga, más que las adelfas y el absintio póntico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonores elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos; que nuestras obras se habían examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero; que Apolo nos había maldecido solemnemente en pleno consistorio

hasta unas cuatro docenas de veces; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante.

» Esto nos dijo Luzán (1), que así parece que se llamaba : si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del día, consideradlo mientras lo restante patentizo.

» Replicámosle, como era de razón; sacamos para su desengaño nuestros manuscritos; no quiso verlos, y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes; negóse díscolo; y encendido en cólera fulminó dicterios y amenazas. Ya era justísima la vindicta; arremetimos intrépidos; dimos con él en tierra; acudieron gentes en su ayuda; trabóse bélica porfía, y fluctuamos en incierto Marte, que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe,* quedando en el campo casi difunto el jefe, y los más de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados ó mútilos.

» Seguimos adelante; y, si bien advertimos que nuestra victoria había alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

« Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fué vana su pretensión; llegamos á los umbrales

(1) *Ignacio de Luzán Claramunt de Suelves y Gurrea,* famoso preceptista del siglo XVIII (1702-1754). Fué hombre de gran cultura y escritor de correcto estilo. Aunque escribió y tradujo algunas obras, es conocido principalmente por su *Poética* (1737), en la cual muestra sus predilecciones francesas. Fué uno de los primeros en adoptar los gustos pseudoclásicos que reinaban en Versailles. Su *Poética* es, sin embargo, interesante como documento histórico-literario, además de su valor real y personal, por la seguridad del juicio y por las peregrinas teoría que sustenta.

venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los atrios magníficos, vimos unidas pedestres haces, que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápidas, á cuya ruptura hostil siguió el combate más desesperado y sangriento.

» Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesífone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos mílites, daban al bóreas fragoso estrépito, que, en cavernas lóbregas, Eco, llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutía. El numen belígero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo, fatigando los ejes férvidos y agitando, flagelífero, cuadriga indómita. No de otra manera, fulgurando el éter, se precipita rápido...

— » Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo; calla, y no abuses más de mi paciencia; vete, y di á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nación y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

» ¿Qué enjambre es éste de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿Qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberían oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sórdido? ¿En dónde están?

» Cierto es que en todos los países, á la sombra de los

grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos : este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si, á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre : el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demás, y uno, uno sólo basta para hacer gloriosa á la nación que le produjo.

» Pero ¿qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan cuando los que aun no saben leer escriben? Qué, ¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan común será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupción, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuela esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporción para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los ejercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

» ¿Vacilaréis siempre ante las contradicciones más absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la más crasa ignorancia ó de la más frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcáis á la vuestra, dejando en su original las obras útiles, que no os atrevéis

á tocar, porque habéis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

» Y ¡qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el exceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural.

» ¿Llegará el día en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad ¿en que sepáis conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron después en su país, haciendo gloriosa entre las demás por su sabiduría á aquella misma nación que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

» Entonces no se instruían los españoles en compendios y polianteas; no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola; los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo; las obras de mérito que tiene la nación, entonces se escribieron; estudiadlas.

» Su lectura os dará á conocer cuáles fueron los principios de la renovación de las letras en España, cuáles las causas de su esplendor y las de su decadencia : veréis también lo que debéis tomar necesariamente de los extranjeros, y lo que tenéis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afán.

» Sí, de imitarse, porque sería indecoroso además, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio

de los buenos originales que en algún tiempo ha producido; sería indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificación é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

» Entonces se extinguirá, quizás, aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres; aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nación, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce, y á otros, por el extremo opuesto, los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas; porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime, según al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos más discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo del patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como excelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

» Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nación; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas

grandes, no dicta á un escritor ingenuo tales artificios; la verdad, por más que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano; y el que no la lleva en la boca como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

» Por estos principios conoceréis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuánto os habéis apartado de la verdad cuando más habéis querido demostrarla; veréis también que no son doctos, ni jamás han merecido el nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no sólo dañosas á quien las lea, porque en ellas malogra su tiempo, sino también porque excitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, más funesta mil veces que la total ignorancia.

» Cesará entonces esta guerra maldita que mantenéis unos con otros sobre la observancia del arte de las obras de ingenio; porque la razón sola os enseñará que no es dado á la más fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invención, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

» Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con más justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que, como vosotros, sin disposición natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber

persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices, que ni instruyen, ni deleitan, ni pueden excitar en cualquiera lector juicioso más que el desprecio la compasión ó el asco.

» Y ¿son estos, son estos los que esperan mi aprobación para cantar con aullido disonante las felicidades de la nación española en la jura de su querido príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del ilustre tronco de Borbón, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo, que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de él reciba, que ni la majestad ni el cetro son comparables á la virtud, que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados más poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo que, al tiempo mismo que el joven príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz le halague con ósculo dulce, y en torno le sigan las ciencias y las artes todas, que moderan la natural ferocidad del corazón humano, para que á su vista conozca cuánto es más dichosa una nación por ellas que por el temido honor de sus armas, por los

estragos de sus victorias : mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando después de largos y felices días, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno príncipe aun más allá de los límites de su grande imperio.

» Estos son los deseos de la patria : tales son sus votos; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías; y no os pide en tal ocasión elogios insulsos ni versos ridículos y despreciables; que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavía en un país en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á obscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nación y de su siglo.

» Pero ¡vosotros, y tú más que todos ellos, odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y di á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible enmendar de algún modo los desaciertos que han cometido, sólo será callando, y callando eternamente : que no menor reparación exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle. »

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de allí le dejaron caer sobre los de abajo,

y éstos, viéndole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver cómo iba revoloteando por el aire, de fila en fila, con tanta alegría y satisfacción de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capón ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que, cansados de divertirse, le tiraron al montón enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo, mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa; había llegado á entender, aunque confusamente, la pretensión estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podía concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que sólo á garrotazos se podría concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó más inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requería, y se acordó, por último, que se hiciera provisión de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse después del orden que se debía guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que dejando el portalón, pasaran al patio,

creyendo todos que allí se les podría combatir más á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos, desde las ventanas que había alrededor, cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha; la izquierda, D. Diego de Mendoza; el centro, D. Alonso de Ercilla, y el cuerpo de reserva, que debía acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega. Cristóbal de Virués y otros sujetos de acreditado valor y experiencia militar (1).

Después de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hacia la escalera cuanto hallaron que podía ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego

(1) *Garcilaso de la Vega* (1503-1536). Innovador, con Boscán, y príncipe de la lírica castellana. Implantó las formas métricas italianas, y su obra, llena de reminiscencias de esta literatura y de la latina es, sin embargo, de original y sumo poeta. Nadie le superó en su tiempo en dulzura y morbidez. Es además el prototipo de la generación poética-militar á que Cervantes y Lope pertenecieron, pues los versos suyos están escritos en los campamentos, como él lo dice en el verso inmortal

Tomando ora la espada, ora la pluma.

Sus *Églogas* y *Canciones* son de lo más puro y exquisito que ha producido la lírica española.

Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), noble caballero, diplomático, poeta y prosista de la corte de Carlos V. Son notables sus composiciones *Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta* y las *Epístolas*. Sus redondillas, galantes y satíricas, están llenas de gracejo. La obra suya más famosa es la *Guerra de Granada* (1627), escrita siguiendo las pautas de los historiadores clásicos Salustio y Tácito.

Conde Bernardino de Rebolledo (1581-1658). Elegante poeta autor del *Discurso de la Hermosura y el Amor*, inspirado en el neo-platonicismo de los *Dialoghi di Amore* del judío español Judas Abarbanel, más conocido con el nombre de León Hebreo, mencionado por Cervantes y Montaigne.

Cristóbal de Virués (1550-1610), capitán del ejército. Luchó en Lepanto y Flandes. Autor de un poema épico *Historia del Monserrate*, de algún mérito. Escribió para el teatro algunas obras (*Elisa Dido, Atila furioso, La cruel Casandra*, etc.), en las que, abusando de los efectos tétricos, produce monótona impresión. Es poeta de briosa versificación.

al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habían servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel día se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y más si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera, cuando no hay á mano abundante provisión de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho, pues, todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuése volando á decir á su hermano cuanto había dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera, con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debían ni podían oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaría respeto y moderación, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendía; pero hubo de ceder, mal de su grado, á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

Á este tiempo empezó á notarse un rumor y conmoción general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que había tenido la erudita oración de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Díjoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces, levantado en hombros de los más robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persua-

dirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mujeres é hijos, si los tenían. Que no creyesen que la nación perdería nada perdiéndoles á ellos; pues no sólo la harían una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando, con un verdadero arrepentimiento las traversuras pasadas, podían dedicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Díjoles también, que los hombres habían nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demás con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacedera y trivial como se habían imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunión de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso, siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparación, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudición enciclopédica que tanto les había trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les había hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta; y que sobre todo, abjurasen de buena fe el error de haberse creído poetas.

Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son; gloria mezclada siempre de sinsabores los más amargos; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la

reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Más iba á decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguán, los gritos y amenazas, que Apolo, temiendo algún insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguía entre tanto la gritería y tumulto de los enemigos y el endiablado tuerto corría de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le había hecho, y el poco aprecio que le merecían las doctas fatigas de tantos sabios : ellos, que no necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entonces su frenesí. « No es ése, decían, no es ése Apolo; á ése no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira; que venga el hijo de Latona, que venga; él nos conocerá y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos ».

— Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invención? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia que no se han de reir de mí: no, sino haceos de miel y paparos hán moscas; para ellos no sirven razones; lo que no les duele, no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos.

Dicho esto, se metió entre los suyos; repitió las órdenes; previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habían prevenido.

Llovían librotes sobre los literatos intrusos, unos viejos, sucios y despilfarrados, y nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sujetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturdidos.

Con esta pérdida se notó algún desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los jefes procuraban contenerlos, conociendo cuán cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fué la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Macabeo de Silveira*, que arrojado de robusta mano parecía una bala de cañón según el ímpetu que traía; hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto (1); y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola (2), que se hallaba cerca, lleno

(1) *Luis Barahona de Soto* (1535-1595), poeta épico encomiado por Lope de Vega en el *Laurel de Apolo* y por Cervantes en *Don Quijote*. Publicó en 1586 la *Primera Parte de la Angélica*, más conocida con el nombre de *Lágrimas de Angélica*, imitación y continuación del *Rolando furioso* de Ariosto.

Como poeta lírico es superior á lo épico. También escribió los *Diálogos de la Montería*.

(2) *Lupercio Leonardo de Argensola* (1559-1613), poeta aragonés celebrado por Cervantes. Autor dramático inmerecidamente ponde-

de indignación y dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus pies, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentos de Góngora* (1), que esta era la gracia de los tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habían hecho en el cuerno izquierdo de los contrarios; lo que advertido por los de Apolo, se adelantaron algunos á querer seguir hacia aquella parte la derrota; pero así que se alejaron de los demás, se vieron rodeados de enemigos y cortado el paso á la escalera : dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse á incorporar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virués que pasase á gobernar el ala derecha, y remediando con prontitud el desorden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos ejércitos; y vió que del contrario se retiraban muchos hacia el patio asaz dolientes y mal feridos; otros se ocupaban en conducir á algunos á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad é inteligencia médica en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con cuartos segovianos, colocaban por su orden los dientes y muelas que habían perdido su primer asiento,

rado en su tiempo Sus obras *La Alejandra* y *La Isabela* son mediocres Otra obra suya, *La Filis*, se ha perdido.

(1) Varios son los comentarios de las obras de D. Luis de Argote y Góngora. Los más famosos son las *Lecciones solemnes* (1630) de José Pellicer de Salas y Tovar. También escribieron comentos y apologías Francisco de Cascales, Cristóbal de Salazar Mardones, García de Salcedo Coronel, etc., etc.

y usaban varios remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se reducían á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines y buenas razones.

Observando esto, partió hacia la escalera para dar aviso y ordenar lo que convenía; preguntó por su hermano, y le dijeron que había desaparecido con las Musas y todas las demás mujeres. Esta fuga dió que sospechar á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfecho de las inocentísima conducta de Apolo; porque uno de los poetas que había ido á rebusca de libros, vino diciendo que en la cocina se estaba guisando una gran porción de mistos, y que el dios imberbe tenía recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubitable su destrucción.

« Que me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo : Mendoza, que manda el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos, á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen orden siempre hacia el patio, describiendo un cuarto de círculo para que, en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la línea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se matendrán sobre la defensiva, y avanzarán ó se detendrán, según vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza. »

Así se empezó á ejecutar, cargando don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas, sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido, de un

golpazo que le dieron con los *Reyes nuevos*, del famoso Lozano; Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse más que de prisa, con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro que le hacía derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le había sacudido en la pierna izquierda un poetilla ridículo, autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder más, y todas impresas por suscrición, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasión, hizo una señal que, al observarla D. Alonso de Ercilla, gritó en alta voz: « *Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio.* »

Corrió la orden, y al repetir la línea « *descarga, y al patio* », comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

Y ¿cómo la podrían evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalón la batería incesante de libros, parecía que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre; allí las historias sacro-profanas de imágenes aparecidas; allí tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompían en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas, en las que se veía embrollada hasta el último punto la más breve, la más clara, la más santa de todas las doctrinas, y unos y otros caían después con

espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban; allí, entre los pesados é indigestos genealogistas, cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del derecho, con sus tratados, autoridades y escollos llenos de obscuridad y confusión babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *León Marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Fruime (1), Gerardo Lobo, la madre Creo (2), Boscán y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasi, Villamediana (3), Bocángel, Tafalla, Zavaleta, Montoro y Salas Barbadillo, con el *Arte* de Gracián, y las comedias, silvas y romances de Henríquez Gómez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda, hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban también con risa de su autor

(1) *D. Diego Antonio Cervadas de Castro*, poetastro del siglo XVIII, natural de Santiago de Galicia y famosísimo en su tiempo con el nombre de el *cura de Fruime*, en donde desempeñó un curato, y en donde murió el año 1777.

Sus versos son detestables de prosaismo y ramplonería.

(2) Poetisa de la época.

(3) *D. Juan de Tassis* y *Peralta*, conde de Villamediana, famoso personaje de la corte de Felipe IV, no sólo por sus sangrientos epigramas, décimas y letrillas, con que fustigaba á los personajes de la corte, sino también por su muerte á mano airada. Díjose que era amante de la reina y que el rey, despechado y celoso, lo mandó matar. Entre las composiciones que se escribieron con motivo de su muerte figura la famosísima décima que comienza :

Mentidero de Madrid,
Decidme ¿dónde está el conde?...

En poesía fué discípulo de Góngora, y en la forma literaria llamada *gongorismo ó culteranismo* están escritas las *Fábulas de Faetón y de la Fénix*, en las cuales exagera la manera peculiar de su maestro. Así mismo es gongorina la comedia *La Gloria de Niquea*, representada en el Palacio Real del Buen Retiro el día 15 de mayo 1622, para festejar al embajador inglés lord Bristol, y en la cual uno de los papeles fué desempeñado por la reina.

Sin embargo, el mayor mérito de Villamediana es como poeta satírico. Nació en 1580. Murió en 1622.

inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre Siguieron á éstas las de D. Tomás de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas, las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibáñez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoida*, las traducciones de *Ariosto* el, *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetas, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagrán, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Hernandía*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el más que todos ellos fastidioso poema de *Los Interventores de las cosas*; siguiendo á este turbión la espesa metralla de misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, folías, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frías, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia : los eruditos huyeron al patio, no hallando salida por otra parte, y Mercurio, alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolar sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenía consultada con Apolo, y se había aprobado de común acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera :

« Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto

chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma canción, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir había motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es más, según he llegado á entender, que venir á presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado á mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precisión de llevar el primero que me vino á las uñas; pero éste, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

» Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposición y buena crianza; he hablado á Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningún vinagre que se hubiera de negar á complaceros : así que, señores míos, lo que debéis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el más ducho, el más idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningún chisgarabís, sino un erudito de repre-

sentación, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimación del público. Éste se encargará de vuestra presentación; y perdería yo una oreja y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto queráis pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en más puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que, en vez de adelantar algo, pondrán de peor condición el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la elección, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quién debía ser el elegido, todos querían para sí aquel honor, repetían las palabras de Mercurio en que pedía un literato de representación, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿quién era entre ellos el que no se juzgaba más idóneo, más ilustre, más benemérito que todos los otros juntos? De esta presunción nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfacción y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las falta más ocultas; y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la más desesperada refriega que jamás se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que sólo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinación con que peleaban : ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar

cada cual la opinón de docto y único en su línea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello. Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su malvita intención, y advirtiendo que Apolo, con toda la gente de casa, ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguían los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas : tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas : las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las más diligentes en procurar la destrucción de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrían desatinados de una á otra parte, sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio, que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fácil resistir á tan horrible fuerza : dieron á huir hacia la puerta, pues la necesidad no permitía otra cosa; el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que, dejándoles la salida libre y asegurado el palacio, se les pudiese cargar después en la retirada; y así que los vieron fuera, salieron detrás el conde de Rebolledo y D. Diego de Mendoza, con una partida ligera, á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas del Par-

naso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche; la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decían que se rindiesen, como algunos de ellos lo habían hecho (incluso el embajador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguían, perecerían todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas : correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atrabancar malezas, y no dar oídos á cuanto les decían : esto fué lo que hicieron, hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando aullidos se precipitaron en una gran laguna, que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo : recibieron todo agasajo y buena asistencia; se les cataron las feridas, y fueron tratados con más amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa no se hartaban de dar gracias al cielo por tan feliz victoria; despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día; y en ocho que duraron las fiestas quedó Timbreo (1) casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á más

(1) Uno de los sobrenombres de Apolo.

de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Después de pasado el turbión de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendría hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzán se encargaron de examinarlos separadamente, para ver á cuántas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, después de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su ración de pan, queso y pasas, y á los más contritos, por vía de ayuda de costa, repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

Á los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre y tan sabios como su madre los parió.

FIN DE LA DERROTA DE LOS PEDANTES

POESÍAS

SÁTIRAS

LECCIÓN POÉTICA

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA

Apenas, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada día,
Más me confunde cuanto más la leo.
¿Piensas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?
¿Ó que puede adquirirse el numen santo
Del dios de Delo á modo de escalada,
Ó por combinación ó por encanto?
Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada,
¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo,
Para quien eres tú, fuera bastante.
De cólera te pones amarillo :
Las verdades te amargan, ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.
Pues hablamos en paz; que es desacierto
Desengañar al que el error desea :
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las Musas
Y trepar á la fuente pegasea.
Pues si el aceite y la labor no excusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En ti sus gracias lloverán infusas.
Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.
¡Qué romances harás, y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!
¡Que gracioso ha de estar, y qué discreto,
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalón de Inés otro soneto!
Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.
Dila que es nieve cuando más te irrite:
Nieve que todo el corazón te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.
Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desdén sonoro hielo (1);
Breve digusto que incomoda y pasa.
Dirás que el encendido Monjibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.
Si tu pasión amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.
Pues si el cabello á celebrar te pones,
Más que los rayos de Titán hermoso,

(1) Quevedo.

¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!
Dila que el alma, ajena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespa tempestad del oro undoso (1.)
Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó süaves
Arcos, que flecha te clavaron dura.
Cuando las luces de su Olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto.
Las travesuras métricas que sabes.
Di que su cielo, del cenit trasunto,
Dos soles ostentó por darte en ojos,
Que si se ponen, quedarás difunto.
Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazón; y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos (2).
Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.
Di que es pensil su vulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.
La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes (3),
Alto asunto al poeta que la cante,
Hará que en su alabanza desvaríes.
Llamándola de amor ponzoña breve,
Ó madreperla hermosa de rubíes.
Al pecho, inquieta desazón de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso

(1) Quevedo.
(2) Gerardo Lobo.
(3) Quevedo.

En él, y en blanco te dejó el aleve.
  Y di que venga un literato al uso,
Con su Luzán y el viejo Estagirita.
Llamándote ridículo y confuso;
  Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.
  Así también hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana :
Tigre, de rosa y alelí vestido.
  Mas quiero suponer que la inhumana
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana :
  No importa, así va bien. Luego compones
Diez ó doce lloronas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.
  No te puedo prestar ningunas mías;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte y frías.
  Dirás que tanto la pasión te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñando :
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!
El cuerpo dejarás el verde prado,
  El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.
  Y en lugar de escribir : « Aquí reposa
Fabio, que se murió del mal de amores,
Culpa de una muchacha melindrosa »,
  Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razón prolija lean
De todas tus angustias y dolores.
  Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente

En un sujeto su labor emplean.
  Olvida, amigo, esa pasión doliente :
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.
  No siempre el alma ha de gemir esclava :
Déjate ya de celos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.
  Que ya te ofrecen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodega,
Espíritus, aceites y licores.
  Suena algazara; cada cual despega
Un frasco y otro; la embriagada gente
Empieza á improvisar... ¿Y quién se niega?
  ¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?
  Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia,
  Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,
  Cómo anima el festín, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.
  La quintilla acabó; los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso; »
Vuelve á beber, y á desatar la vena.
  « Bomba, bomba », repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pie forzado el bacanal furioso.
  Y qué ¿tú callarás? ¿Nada te excita
Á mostrar de tu numen la aflüencia,

Cuando la turba improvisante grita?
¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.
Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas
¿Á qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.
¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
Ó más duros tal vez, ó más perversos?
No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante tarabilla,
Piense que numen superior le inflama.
Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.
Si arrebatarle quieres la corona,
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.
Chocarrero y bufón quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga :
Verás qué aplauso en Avapiés granjeas.
Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.
Refranes usarás y sutilezas
En tu versillos, bufonadas frías,
Y mil profanaciones y torpezas.
Y esta compilación de boberías
Al público darás, de tomo en tomo,

Que ansioso comprará lo que le envías.
  Porque el ingenio más agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Jeromo.
  Mas si tu orgullo obscurecer desea
Al lírico famoso venusino,
Con quien tu preceptisto me marea,
  Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.
  Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del Tonante.
  Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas
Los nítidos cabellos destrenzados,
  Que, dando flores al Abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas;
  Al motor de la máquina rotunda
Que enamorado pace entre el armento
La hierba, de que opaca selva abunda.
  La ninfa al verle, ajena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.
  Ya los recibe el mar, la virgen treme,
Y al juvenco los álguidos, undosos
Piélagos hace duro amor que reme.
  Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes (1),
Prorrumpe en ululatos dolorosos;
  Cuyas quejas en torno redundantes,

(1) Silveira.

De flébiles ancilas repetidas (1),
Los antros duplicaron circunstantes.
Mas Creta ofrece playas extendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.
Huye gozoso amor y agradecido
Jove, fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de regir muy extendido.
Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.
La locura también faetontea
Celebrarás, y el piélago combusto
Que en flagrantes incendios centellea.
Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La dicción bella, el delicado gusto;
Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores;
Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso río
Sierpe sonora de cristal luciente.
Pero si has de llamarle alumno mío,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,
Habla erizada jerigonza obscura
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,
Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata

(1) Villamediana.

De frases y metáforas feroces.
  Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el más cerril maltrata.
  Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,
  Que él sólo entiende, y ensartando diestro
Sílabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.
  Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heroicos hechos,
Tanta nación á su valor sujeta.
  Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos,
  Y el numen lleno de furor sagrado :
« Canto, dirás, el héroe furibundo,
Á dominar imperios enseñado,
  Que dando ley al báratro profundo
Su fuerte brazo, sujetó invencible
La dilatada redondez del mundo. »
  Principio tan altísono y horrible,
Proposición tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.
  No como aquel que dijo : *Canta, diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
Á infinitos aquivos dolorosa;
  Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.
  Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente :

Escoge, que los dos son extremados.
Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guía,
Cosa no has de decir que ella no cuente.
No finjas, no, que es grande picardía :
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pía.
Y en todo cuanto escribas, ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas;
Que así lo debe hacer un hombre honrado.
Si el canto frigidísimo remotas,
Despediráste del lector prudente
Que te sufrió, con expresiones gratas,
Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto el mísero paciente.
Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados :
Crítica sufrirán, zurra y proceso.
Dirán que los asuntos adornados
Con episodios y ficción divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.
Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.
Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos :
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.
Después que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,
Exagera el volcán que te devora,

Que ceñirse del alma no consiente (1),
É invoca á una deidad tu protectora.
  Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.
  Botánica, blasón, cosmogonía,
Naútica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología;
  Sacra, profana, universal historia,
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.
  Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros
Que jamás de la vida hicieron caso.
  Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros;
  Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.
  Á espuertas verterás, á carretadas
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.
  ¡Oh cómo espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!
  ¡Cuánta aventura, y cuánto encantamento!
¡Cuántos enamorados campeones!
¡Cuánto jardín y alcázar opulento!
  Pondrás los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece,

(1) Candamo.

Que no le encontarán ni con hurones.
  Pero ¿cómo ha de ser, si le acontece
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires desparece?
  En un valle obscurísimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huésped á cumplidos le maltrata.
  Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro do los tiempos que han pasado (1),
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.
  ¡Cuánta vasija y unto preparado
Tiene! ¡Cuánto ingrediente venenoso,
Que al triste que lo ve deja admirado!
  Allí le enseña en un artificioso
Cristal la descendencia dilatada
Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso,
  Y mira una ficción muy adecuada:
Pues aunque algún censor la culparía
De impertinente, absurda y dislocada,
  Siempre logras con esta fechoría
El linaje ensalzar de tu Mecenas,
Que no te faltará, por vida mía.
  Y si tales patrañas son ajenas
De su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene
Con Héctor el troyano la encadenas;
  Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.
  Pero ya me parece que estoy viendo,
Sobre un carro de fuego remontados,
Los dos amigos que la van corriendo.

(1) Quevedo.

¡Válame Dios, y qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados!
De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.
De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Tragasmón registra y nota.
Vuelve después donde la ardiente llama
Del sol se oculta, al expirar el día,
Dándole Tetis hospedaje y cama.
Y en su precipitada correría
Al huésped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.
Muda el auriga hacia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de piropo ardiente...
Pero de un criticón me acuerdo ahora,
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.
¡Cómo salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡Cuál blasfema!
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.
No quiere que haya encantos ¡linda tema!
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
Y el libro en que lo halló, desgarra y quema.
Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragón á todas horas,
Y el caballero de una cuchillada
Al escamoso culebrón degüella,
Mi crítico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle que la tal doncella
Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su doncellez así atropella;
Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no más la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.
No, señor, nada basta: enfurecido,
Contra el mísero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.
« ¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita! »
Dice en horrenda voz que impetuosa
Como turbión raudal se precipita.
El gusto y la razón, en verso, en prosa,
La invención rectifiquen; que sin esto
Jamás se acertará ninguna cosa.
Mi patria llora el ejemplar funesto;
Su teatro en errores sepultado,
Á la verdad y á la belleza opuesto,
Muestra lo que produce el estragado
Talento que sin luz se descamina,
De la docta lección abandonado.
Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
La hispana musa, y desdeñó arrogante
La humilde sencillez griega y latina.
Dió á la comedia estilo retumbante,
Figurado, sutil ó tenebroso,
De la debida propiedad distante.
Halló en la escena el vulgo clamoroso,
Pintadas y aplaudidas las acciones
Á que le inclina su vivir vicioso.
Y en vez de dar un freno á sus pasiones
En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,

Oye sólo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á obscuras,
¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
Á un paladín, enderezando tuertos!
¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
Blandir el asta á una mujer guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!
Á cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera,
Desfloradas princesas, aturdidos
Enamorados, rondada, galanteo,
Jardín, escala y celos repetidos;
Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir amantes al careo.
Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algún bufón pesado é insolente.
Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.
Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres, su heroica bizarría,
Desfiguradas de diversos modos.
Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algún día.
No es más que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladrón de charpas y jifero.

Cinco siglos y más, y una docena
De acciones junta el numen ignorante
Que á tanto delirar se desenfrena.
Ya véis los muros de Florencia ó Gante;
Ya el son del pito los transforma al punto
En los desiertos que corona Atlante.
Luego aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublín y Atenas, Menfis y Sagunto.
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo,
Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose mísero lamento
Por las estancias de dolores llenas?
« ¡Oh qué abominación! » Dice el sangriento
Censor injusto : y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.
Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no más, si bien lo miras,
Y no deben de ti ser escuchadas.
Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.
Más te prometo : los alegres ratos
Que te visite el apolíneo coro
No los has de vender nada baratos.
Pues aunque el tema popular no ignoro,
De que Cintio corona á los poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro,
Las más descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.
Tu vena redundante hasta el exceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.
Suelta toda la presa del molino :
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.
Escribe dos, luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve ,
Y á tu musa venal no dés sosiego.
Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y... casos prodigiosos;
Que así el humano corazón se mueve.
Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegón y Etonte; salga Citerea
Mayando en estribillos enfadosos.
Diversa acción cada jornada sea,
Con su galán, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.
Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.
Y si agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
Él te celebre cuando tú deliras,
Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.
Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encatamentos,
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí un vejete se transforme en rana :
Todo asombro ha de ser, todo portentos.
De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.
Héctor, Ciro, Catón, y los soldados
Fuertes de Aníbal, con su jefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.
Verás qué diversión, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif ó Muza ó Alcamán robusto,
Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y en tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mío.
Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.
¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque*! Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.
Ni busques lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras de ello sudes;
Que allí todo se pasa y se consiente.
Todo se desfigura, no lo dudes :
Allí es heroicidades la altanería,
Y las debilidades son virtudes.
Y lo que Poncio alguna vez decía,
De que el pudor se ofende y el recato...
Pero ¡qué! si es aquella su manía.
Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
Á dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.
Riñen, y saltan por los corredores
El uno de ellos al jardín vecino,
Y encuentra allí peligros no menores.
El padre, oyendo cuchilladas, vino;
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichón previno.
Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.
Salen todos los yernos allí fuera :
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondón con un cualquiera.
¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!
Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila;
Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.
Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celebérrimo poeta,
El numen y las sílabas al canto.
La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,
Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas,
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quién debes el honor que ganas
Y agradécelo á mí, que te he instruído.

EPÍSTOLAS

I

Á D. SIMÓN RODRIGO LASO

Rector del Colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, di, que el hombre deba
Su fin apresurar? Ó los que al mundo
Naturaleza dió males crueles,
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á acrecer la suma?
¿Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud, ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad, con atrevidos
Votos, no canse, y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcázar
De los tiranos, donde suena el bronce,
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
Todos lo son : que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creídos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante asturo

La playa austral que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla obscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilón sañudo
El frágil leño en remolinos hunde,
Ó yerto escollo de coral le rompe.
La paz del corazón, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue,
Sin que el furor de su ambición reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperación y los delitos,
Ni los metales que á mi rey tributa
Lima opulenta poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso : la prudente
Moderación es la virtud del sabio.
Feliz aquel que en áurea medianía,
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura :
Suena en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,
Á nadie superior, de nadie esclavo,

Pero ¿cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazón humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita,
La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez descanse?
¡Y cómo burla su esperanza, y postra
La suerte su ambición! Los sube en alto,
Para que al suelo con mayor ruina
Se precipiten. Como en noche obscura
Centella artificial los aires rompe,
La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz; retumba y muere.
¿Ves, adornado con diamantes y oro,
De vestiduras séricas cubierto,
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves, que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrépito levanta?
¡Ay! no le envidies, que en su pecho anidan
Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica; los humos
De adulación servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño

Invoca en pavorosa y luenga noche,
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.
¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Ceres,
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante;
Áspero monte, opaca selva y fría!
¿Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la Amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años míos
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardín, de frutos abundantes y flores,
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen,
Y lentas formen transparente lago
Á los cisnes de Venus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres
Y libres como yo, rumor süave
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores :
Esto á mi corazón le basta... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

II

Á D. GASPAR DE JOVELLANOS

Si la pura amistad, que en dulce nudo
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.
Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en obscura,
Deliciosa quietud, contento vives,
Siempre animado de incansable celo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo,
Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fe; y el cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasión de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
Á las que el Sena turbulento baña,
Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Nápoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Útil ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta lección en retirada estancia,

Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinión, las artes
Las leyes causan. Hallarásla sólo,
Si al hombre estudias, en el hombre mismo.
Ya el crudo invierno, que aumentó las ondas
Del Tíber, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,
Imágenes sublimes hallarías
En los destrozos del mayor imperio!
Cayó la gran ciudad que las naciones
Más belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornado de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos,
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra, horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
Del antiguo valor hallar señales.
Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcazáres, teatros,

Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es común) tal vez se escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y sólo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto, y no más, de su poder temido,
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia mitigar del hado
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden
Como la débil flor los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿Á quién promete
Nombre inmortal la adulación traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Por qué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa?... ¿De qué, si cuanto existe
Y cuanto el hombre ve todo es rüinas?
Todo : que á no volver huyen las horas
Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Sólo el oculto
Numen que anima el universo, eterno
Vive, y él solo es poderoso y grande.

III

Á LA MARQUESA DE VILLAFRANCA

con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el conde de Niebla

Faltó mi anuncio y generoso el cielo,
Más que yo pude prevenir, destina
Felicidades á tu casa ilustre.
Cuando de tu cariño el digno fruto,
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras
Tu sexo y gracias repetirse, y toda
Tu hermosura gentil en la querida
Prenda que dulce ya te mira y ríe.
¡Oh vana predicción! Mayor cuidado
Merece al numen que sustenta el orbe
De los Toledos la prosapia excelsa;
Premios más altos la virtud merece,
El tierno y casto amor, la no manchada
Pureza conyugal. Mira cumplidos
Los votos ya de tu feliz esposo,
Y los suyos también, y los de tantos
Pueblos que ven en ti señora y madre.
Ese que aduermes en ebúrnea cuna,
Pequeño infante, es un Guzmán; de aquella
Estirpe clara sucesor, que un día
Fué de la patria impenetrable escudo,
Y en su defensa derramó inflexible
La propia sangre. De Tarifa el alto
Muro, sitiado de agarenas huestes,
Supo guardar su generoso abuelo.
Vió de cadenas sin piedad ceñido
El joven infeliz, oyó sus voces,
Y el ruego y llanto de doliente esposa,
Y supo ser leal. Le ofrece el moro

Pactos indignos, y amenaza al cuello
Del inocente, si Guzmán resiste;
Él se desciñe la temida espada,
La tira al campo, y « Si no quieres, dijo,
La tuya ensangrentar, esa es la mía ».
¡Oh constancia! ¡Oh valor! Vive, precioso
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos
Te dan, imita. Vive, si de tanta
Ilustre acción te ha de inflamar la gloria,
Que ya del vicio y corrupción infame
Harto el estrago se difunde y crece.
La disciplina militar, el celo
Por el público bien, costumbres puras
Faltaron... Vive; que la patria nuestra
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

IV

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ

dedicándole la comedia de *La Mojigata*.

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficción y aguarda numeroso
Pueblo que ocupe la española escena,
Voz adquiriendo, movimiento y formas,
Hoy te presento con afecto puro
De gratitud y amor; que en vano aspiro
Por otra senda á la difícil cumbre
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces
Lloré burlado el atrevido intento.
¡Cuántas, pulsando las aonias cuerdas,
Quise prendar con números süaves
La esquiva hermosa que en silencio adoro,

Y la voz imitar y la armonía
Que, un tiempo el eco en la floresta verde,
Repitió del Zurguén! Quise, animado
De más sublime ardor sonando Clío
La trompa que marcial ira difunde,
De España celebrar los altos triunfos,
Del cuello altivo sacudiendo rota
La bárbara coyunda; en las arenas
De Libia ardiente el vencedor vencido;
Numancia satisfecha en el estrago
De la soberbia Roma, abandonada
Al espantoso militar desorden;
Dueño Cortés del estandarte de oro
En los valles de Otumba, y á sus plantas
El cetro occidental. Pero ofendida
Culpó mi error la musa de Menandro,
Y la cítara y flautas pastoriles
Quitóme airada, y el clarín de Marte.
Sigue, me dijo, por el rumbo sólo
Que te indica mi voz, si honor procuras
Que, á pesar del silencio de la muerte,
Haga tu nombre eterno. Yo, amorosa,
Una y mil veces en tu labio infante
Dulce beso imprimí, y al repetido
Celeste arrullo que entoné, dormías.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
Y en ti los que vertió propicios dones
Naturaleza, cultivar me plugo.
Ya con festiva aclamación sonando
La patria escena, en su alabanza justa
Tu gloria afirma, sigue, y en la cumbre
Del sagrado Helicón, que Cintio baña
Con su luz inmortal, las Musas bellas

De hiedra y lauros te darán corona.
No te ofenda, señor, si tan humilde
Tributo te consagro : ¿y cuál sería
De la grandeza de tu nombre digno?
Limitado es el don, rico el deseo;
Y no bastando á más la venta estéril,
Cuanto puedo te doy. Así postrado
Ante las aras que levanta rudas,
Suele el cultor acumular los frutos
Sencillos de su campo; y los ofrece
Al alto numen tutelar que adora,
Y aromas vierte agradecido, y flores.

V

AL MISMO

Buscando alivio á mi salud endeble,
Me vine á guarecer en la aspereza
De estos peñascos, del ardor estivo
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
Paz en el alma, soledad quería,
Frescura y sombras. Encerré con llave
Los doctos libros, que el talento ilustran.
Y el vigor al estómago destruyen.
Holgar quise y vivir, y apenas llego
Á las orillas que fecunda el Arlas,
Coronada la sien de humildes juncos,
Inesperada pesadumbre altera
Mis honrados propósitos. ¿Adónde
Sabré ocultarme, si habitando ahora
Rústico albergue, defendido en torno
De precipicios y fragosas cumbres,
Aquí me induce á traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
Una vez y otras muchas al cuitado
Que no tiene comercio, hacienda, casa,
Ni oficio, ni pensión, ni renta, y vive
Tranquilo; en tanto que la numerosa
Turba á quien debe el aire que respira
Se afana en perseguirle. El escribano
Le cita, el aguacil le acecha y busca,
Manda Marquina que sus deudas pague,
Y no las paga; al soberano acuden,
Manda que pague, y su pobreza extrema,
Privilegio le da seguro y cierto
De no pagar jamás. Yo así, fiado
De la ignorancia que padezco y lloro,
Venerando el precepto que me impone
Mi generoso protector, me eximo
De obedecerle. Si entender pudiese
Lengua que no aprendí, traduciría
En culta frase de León y Herrera
Los garabatos que del norte frío
Vienen al Tajo mendigando ahora
Glosa y comentador. Ó si aspirase
Á conseguir, sin merecerle, el nombre
De políglota y helenista insigne,
Amigos tengo, y con ajenas plumas
Me presentara intrépido y soberbio,
Y la alquilada erudición pudiera
Valerme aplauso entre la plebe osada
De los pedantes, cuya ciencia es sólo
Mentir doctrina, aparentar estudios.
Nunca, señor, de la impostura el arte
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,
Mucha constancia y dirección prudente,

El acercase de Minerva al templo.
La vida es breve : el límite se ignora
Que debió á su Hacedor la siempre varia
Robusta en producir naturaleza.
Las artes que la imitan, aspirando
Á conseguir la perfección, desisten
Á su vista, confusas y cobardes,
Del atrevido intento. Un primor sólo,
Una sola verdad á su alumnos
Cuesta prolijo afán, y aquel que logra
Adelantarse en la difícil vía
Á los que siguen con incierta planta
El mismo generoso intento, adquiere
Ilustre honor que en las edades vive.
Sabio le llama el mundo, porque en un
Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos,
No porque en ella al término llegase,
Que inaccessible de los hombres huye.
Sólo el pedante vocinglero, hinchado
De vanidad y ponzoñosa envidia,
Todo lo sabe. En el café gobierna
Los imperios del orbe, y mientras bebe
Diez copas de licor, sorprende, asalta,
Gana de Gibraltar el puerto y muro.
Consultadle, señor, veréis que pronto,
Cubriendo el mar de naves españolas,
Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,
Y los tesoros de Jamaica os pone
En la calle Mayor. ¿Queréis oirle
Por tres horas no más? Latín, tudesco,
Árabe, griego, mejicano y chino,
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera
Haber, los sabe. Erudición, historia,

Náutica, esgrima, metalurgia y leyes :
En todo es superior, único y solo.
Poco estima á Mozart; nota con ceño
Que Cimarosa en tal ó tal motivo
No estuvo muy feliz. Habla y decide
En materia de escorzos y contrastes,
Tonos de luz, degradación de tintas,
Pliegues y grupos. Convulsión padece
Con el silabizar de Garcilaso,
¡Tan delicado tímpano es el suyo!
Las faltas ve de propiedad y estilo
En que se deslizó la mal tajada
Péñola de Cervantes... Vive, insigne
Honor, y gloria de la edad presente,
Para instrucción común; esplendorosa
Lámpara, no te apagues. Yo, que admiro
La vasta enciclopédica doctrina
Que ostentas en banquetes clamorosos,
No te la sé envidiar, y si consigo
Que alguna vez mi rudo verso escuche
Aquel que alivia el grave peso á Carlos
En la dominación de tanto imperio,
Á más no aspira mi talento humilde.

VI

AL MISMO

en lenguaje y verso antiguo.

Á vos, el apuesto complido garzón,
Asmándovos grato la péñola mía,
Vos faz omildosa la su cortesía
Con metros polidos vulgares en son;

Ca non era suyo latino sermón
Trovar, é con ese decirvos loores :
Calonges é prestes, que son sabidores,
La parla vos fablen de Tulio y Marón.
  Por ende, si tanto la suerte me da,
Magüer que vos diga román paladino,
Fiducia me viene que lueñe é vecino
La gen acuciosa mi carta verá :
É vuesas faciendas que luego dirá
Gravedosa estoria por modo sutil,
Serán de Castilla mil eras é mil
Membranza placiente que non finirá.
  É tanto merece falagos é amor
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,
É al común conorte la mucha amistanza,
Ovo de don Carlos, el nueso señor.
« Sepades, le dijo, buen alcanzador,
Que en todo el mi regno vos fago imperante;
Á tal que del sceptro dorado, pesante
La grave fadiga semeje menor.
  Catad que mis fijos demandan de mí
De ser aducidos en sancta equidad;
Á non acuitallos las mientes parad;
En algos abonden é pan otrosí;
É cuando mis tierras (que tal non creí)
Mesnadas de allende osaren correr,
Faced á los míos punar é vencer,
Ca siempre ganosos de liza los vi.
  É ved non fallezcan á tal ocasión
Lorigas, paveses é todo lo ál,
É mucho trotero ardido é leal
De los más preciados que en Córdoba son,
É fustas con luengo ferrado espolón,

Guarnidas de tiros que lancen pelotas;
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas
Al nueso lindero la escura Albïón.
É guay, non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañinos placeres,
Nin seyan sofridos los vanos saberes
Que al mundo mancillas le dieron asaz.
Allí do pregonan olganza é solaz,
Allí rudo vulgo é sandio declina,
Divaga sañoso, virtud abomina;
Que tanto en él vale locuela sagaz.
Empero non yaga de error circuído;
La sciencia le amuestre su puro claror,
Non cure atristado ventura mayor,
En buen regimiento guardado é punido :
Ansí el caballero ruando lucido,
Acucia ó detiene la alfana que monta,
É parte, al agudo estímulo pronta,
Ó párase dócil el freno sentido. »
Á tal platicaba la su señoría,
É cedo el magnate repuso á don Rey :
« Non fuera nascido de alcuña de ley
Si al vueso talante non obedescía.
Solene homenaje fago é pleitesía
(É dijol tomando la cruz del espada),
Que finque la vuesa merced acatada,
É España recabde su prez é valía. »
De entonce colmalla de bienes cuidó :
La paz se posara á su lado yocunda,
La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó,
La su dulcedumbre temores quitó
Del home entorpido que yaz en tristura,

É quisto de buenos la su derechura
Le fiz, é al inico sañoso aterró.
É vímosle á guisa de diestro adalid,
Faciendo reseña la hueste real,
Mandar sus hileras, á son de atabal
Poner á los ojos la marcha é la lid :
Ansí de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona, en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.
¡Oh fuérale dado seguir el pendón
Que bordan castillos, cruces é leones,
Romper azañoso por los escuadrones
Bárbaros, de sangre teñido el trotón!
Tímidos fuyeran jinete é peón,
En llama aburando sus tiendas caídas;
É á la funera matanza é feridas,
Cuidaran que fuese Jacobo el patrón.
Devédalo empero la pro comunal,
É del alto alcázar do tiene su silla,
Segundo en potencia le acata Castilla;
Sotil palaciano, sirviente leal :
Largosa, por ende, la mano real
Quisiera abastalle de dones subidos,
Cual nunca de alguno non fueron habidos,
Siquier home bueno, siquier principal.
É ved de cuál arte ser quito pensó
El rey, que sesudo catara sus fechos :
Ayúntale dende con nudos estrechos
Al mesmo avolorio de donde nasció;
É luego é de sí voceros mandó
Que cedo á la rica Toledo se vayan,
É aquesa manceba garrida le trayan,

Fija del infante que Dios perdonó.
La flor de lindeza, donaire é mesura
En ella se adunan, la bien paresciente :
De rojos corales su boca rïente,
Sobrando á la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos espléndida é pura.
La voz falagosa, gentil su ademán :
Florinda, la causa del nueso desmán,
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.
¡Oh! vivan entramos en placida unión,
No nunca empescida de fado siniestro,
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado y blasón :
La fama, doquiera, con alto pregón,
Su prole ventura perínclita cante,
É aquisten ilustre memoria durante
Su nome, sus fechos, su clara nación.

VII

Á UN MINISTRO

sobre la utilidad de la Historia.

Ya el invierno, de nubes coronado,
Detuvo en hielos su corriente al río :
Brama el Bóreas. Felices
Campos, adiós; y tú, valle sombrío,
Á los placeres del amor sagrado
Venus hoy te abandona y los amores,
Y el sol, cercano al capricornio frío,
De la noche los términos dilata.
No toleremos, no, que voladora
Así pase la edad, si los mejores

Instantes que arrebata
Negamos del estudio á las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
La razón conducida
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ocio torpe y la ignorancia obscura,
Ó le presta consuelo
En la adversa ocasión, ó le asegura
El favor de la suerte;
Justa obediencia, y justo imperio enseña.
Si á ti benigno el cielo
Miró al nacer y hoy colma de favores,
Pues no á las letras proteger desdeña
Tu mano generosa,
Ellas su auxilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
La senda peligrosa
De la fortuna encontrarás cubierta;
Ni el timón abandona el marinero,
Por más que el viento igual propicio espire.
Docta la historia, ejemplo verdadero
Á tu razón presente,
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
Mira en ella los pueblos más famosos
Que redimen sus fastos del olvido,
Si políticos ya, si belicosos
Á tanta gloria, á tal poder llegaron;
Si en ellos se admiraron
Justicia, humanidad, costumbres puras;
Si fué de la virtud asilo el trono;
Si la ignorancia, las venganzas duras,

El ocio corruptor, el abandono,
Dieron causa á su estrago.
  Ya no existís, naciones poderosas;
Vuestra gloria acabó. Tiro, opulenta,
Persépolis, y tú, fiera Cartago,
Enemiga del pueblo de Quirino,
Ya no existís. Dudoso el caminante
En hórrido desierto
Os busca, y el bramido
De las fieras le aparta. La corriente
Sigue al Éufrates, que tronando suena,
Y el lugar desconoce
Donde la asiria Babilonia estuvo,
Que al héroe macedón miró triunfante;
Hoy cenagosos lagos, corrompido
Vapor, caliente arena,
Áspera, selva, inculta, engendradora
De monstruos ponzoñosos,
Encuentra sólo; y la ciudad que pudo
Del vencedor romano
El yugo sacudir, Palmira ilustre,
Yace desierta ahora;
Sus arcos y obeliscos suntüosos
Montes son ya de trastornadas piedras,
Sus muros son rüinas.
Hundió del tiempo la invisible mano,
Entre arbustos estériles y hiedras,
Los pórticos del foro
En columnas de Paro sostenidos,
Basas robustas y techumbres de oro,
Donde el arte expresó formas divinas...
¡Memorias de dolor! Allí apacienta
Su ganado el zagal, y absorto admira

Cómo repite el eco sus acentos,
Por las concavidades retumbando.
De tal desolación la causa mira,
No tanto en los opuestos elementos
Embravecidos, cuando
Al austro obscuro el aquilón compite,
Y Jove, en alto carro conducido,
Fulmina á los alcázares centellas;
Ó cuando en las cavernas oprimido
Del centro de la tierra el fuego brama
Como rumor espantoso,
Y en su reventazón muda los montes,
Ciudades arruina,
Hierve el mar proceloso,
Y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,
Desconociendo términos, excede
Á las iras del cielo y del abismo.
Triunfó insolente la impiedad, faltaron
Las leyes, el pudor, y los robustos
Imperios de la tierra
Debilitó cobarde tiranía.
Las delicias funestas enervaron
El amor de la patria, el ardimiento,
La disciplina militar, y el día
Llegó terrible de discordia y guerra,
Que al orgullo mortal previno el hado
Para ejemplo á los siglos espantoso.
Y como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el margen con ímpetu violento,

Árboles, chozas y peñascos duros,
Rápido quebrantando y espumoso
De los puentes la grave pesadumbre,
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Así bárbaras gentes, descendiendo
Del norte helado en multitud inmensa
Contra la invicta Roma, estrago horrendo,
Muerte y esclavitud la destinaron,
Y al orbe que oprimió dieron venganza.
Así en edad distinta,
Osado el trace, sin hallar defensa,
Excediendo el suceso á la esperanza,
Trastornó los imperios del Oriente,
El trono de los Césares, la augusta
Ciudad de Constantino.
Grecia humilló su frente;
El Araxes y el Tigris proceloso,
Con el Jordán divino
Que al mar niega el tributo,
Las Arabias y Egipto fabuloso,
En servidumbre dura
Cayeron y opresión. Gimió vencida
La tierra, que llenó de espanto y luto
De sus vagos ejércitos impíos
La furia poderosa.
Mas, como suele en los despojos fríos
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,
Buscar alivios á la frágil vida
La física estudiosa,
Tú así, en la edad pasada examinando
De tantos pueblos la voluble suerte,
Las causas de su gloria y su rüina,

Propio escarmiento harás la culpa ajena,
Experiencia el aviso,
Y natural talento la doctrina.
Verás entonces que el que sabe impera,
Y en medio de las dichas preparando
El ánimo robusto
Contra la adversidad, ó la modera
Ó la resiste intrépido. Que el mando
Es delicioso, si templado y justo
La unión social mantiene,
Los intereses públicos procura,
La ley se cumple, y ceden las pasiones.
Que el poder, no en violencia se asegura,
Ni el horror del suplicio le sostiene,
Ni armados escuadrones;
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.
Tú lo sabes, señor, y en tus acciones
Ejemplo das. Tú la virtud obscura,
Tú la inocencia amparas. Si olvidado
El mérito se vió, tú le coronas;
Las letras á tu sombra florecieron,
El celo aplaudes, el error perdonas,
Y el premio á tus aciertos recibiste
En placer interior que el alma siente,
¡Oh! pues tan altos dones mereciste
Al numen bienhechor, que generoso
Igualó con tus prendas tu fortuna,
Roba instantes al tiempo presuroso,
Ilustrando la mente
Con nuevas luces, si te falta alguna.

VIII

Á ANDRÉS

¿Quieres casarte, Andrés? ¿Ó te propones
Á mi dictamen acceder sumiso?
¿Tan dócil es tu amor? ¿Ó tan dudoso
El mérito será de tu futura
Doña Gregoria, que el quererla mucho
Ó no quererla, de mi voz depende?
En fin, si mi opinión saber deseas,
Te la diré; pero el asunto es grave
Y toca en la moral filosofía :
No se diga de mí que en delicadas
Materias uso de pedestre estilo
Y frase popular. Tú, que las noches
Pasas leyendo la moderna solfa
De nuestros cisnes, y por ella olvidas
De Lope y Laso la dicción, escucha,
Que en la misiva que á copiarte empiezo,
Mi dictamen te doy, no te conjuro.
« Si tus abriles, bonancibles años,
Que meció cuna en menear dormido
Del bostezante sueñecito umbrátil
Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no tornan,
¿Qué nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor? ¡Ay! teme, teme
Letargoso placer, velar cargoso
Y rugosa inquietud que á par te cercan.
Entra, amigo, en ti mismo, ó si te place
Huye dentro de ti : consulta un rato
La sensatez en lóbrego silencio,
Y hondamente exclamante ella te aleje
De la deshermandad desamistada,

Que los cuidados cárdenos profusa.
Presto será que el pestilente soplo
Del ejemplo mortal de un mundo infecto
Arideciendo el alma infructuosa,
Sin esperanza la semilla ahogue
Que natura plantó; ni el freno triste,
Ni el helado compás de la prudencia,
Su vividor hervir harán que cese.
« Todo al tiempo sucumbe : el cedro añoso,
La dócil caña en gratitud riendo
Dulce, como de leve niebla umbría
El insensato orgullo. Infortunado
Clima aridece ya con sus heladas,
Crujientes pesadumbres y fraguras
El numen invernal; llegan las horas
De hielo y luto, y se empavesa el cielo,
Salud, lúgubres días, horrorosos
Aquilones, salud; que ya se cubre
Selvosa soledad de nieve fría,
Y el alto sol mirándola se embebe.
Ábrego silbador, cierzo bramante,
Ya la tormenta excitan borrascosa;
Soplan el soplo de venganza, y nubes
Obscuras en los vientos cabalgando
Bañan y abisman los tranquilos surcos.
» Empero ley primaveral que vuelve
Dócil se presta al oreante soplo
Del aura matinal : cuanto es so el cielo
Todo anuncia placer; la etérea playa,
Velada en esplendor, colma la selva
De profusión fragante, los soplillos
Del favonio y el *beé* de las simplillas
Corderas, que yerbilla pastan verde.

¡Oh coronilla! á ti también te veo
Y la sien de la espiga, aunque levante
El abrojo su frente ignominiosa.
Las fuentes, los arroyos saltadores,
Sierpes de nácar, con albores giran;
Forman torcidas calles, y jugando
Con las flores se van. Canta el pardillo
Y ledo mira al sol, vuela y se posa,
Ó al vislumbrar de la modesta luna,
Le responde la Eco solitaria
» La estación estival en pos se sigue,
Y el Agosto abrasado ahoga las flores
Con ardor descollante. Palidece
El mugoso verdor, oigo quejarse
En seco son el vértigo del polvo,
Y lo que por doquier bañado en vida
El céfiro halagaba, extinto yace.
El sol en su hosquedad desjuga el suelo,
Y mientras amiga la espigosa Ceres
Con la pecha del trigo desuraña
Al cultor fatigado, los umbrosos
Frescores el postrer aliento ríen.
Luego, con su guirnaldas pampanosas,
Octubre empampanado, en calma frente,
La alegría otoñal nos da que vuelva;
Á la esperanza la corona el goce,
Y la balanza justa al sol voluble
Ya le aprisiona en sus palacios frescos.
Cefirillo, tal vez enamorado
De alguna poma, bate el ala, y llega,
Y la besa, y la deja, y torna, y mece
Las hojitas, y bulle, y gira, y para,
Y huye, y torna á mecer... Dejad que ciña

La temulenta sien; ¡oh ninfas blondas!
Mil veces Evohé... Cien copas pido,
Y en pos, y á par, y cabe mí colmadlas,
Y otras ciento me dad... Así natura,
Las leyes no exorables acatando,
Próvida el perenal destino sigue,
Engranando los seres con los seres;
Que unos de otros en pos, en rauda marcha,
Crecen, y llegan, y los tragan y huyen.
» ¡Ay, amigo hermana! Cauto desoye
Luengos transportes y cobarde miedo,
Que á la infantina juventud apena.
Se alejan ya los intornables días,
Tremolando el terror. Ocia, si es dado;
No quieras zozobrar en el arroyo,
Con los reveses reluchando indócil.
¿Ves la rueda insociable de fortuna
Resaltar vacilante en rechinido
Y agudo retiñir? ¿y cómo torva
La insaciabilidad del oro insomne
La avaricia clavó dentro del pecho?
¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,
Riendo muertes, profusar protervias,
Y el puñal del desprecio, la ponzoña
De la doblez, los hielos del olvido,
Que la alma fuente del sentir cegaron?
Heme en fin junto á ti, que ya te tiendo
Un brazo de salud. ¡Ay! no disocies
Á la fiel confianza de tu frente.
Con el destino escuda la dureza,
Y flecha tu interior con las memorias.
No el díscolo interés, soplando estéril,
Impida de tu pecho al golfo umbrío

Que en claridad lumbrosa se desnuble.
» El hombre es sólo quien guarnece al hombre,
Mi buen Andrés. No marques en oprobio
Tu vivir breve; al sexual cariño
El brutal apetito rinda el cetro,
Y cubre con tu mano tu deshonra,
Que en cuanto vieres navegar los astros,
Verás, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que es llanto el gozo
Que las pasiones para siempre yacen,
Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva
El frío del no ser; entre orfandades
Pasea en espectáculo profundo
La muerte el carro, y propiciar no puede
Más al mortal que suspirar deseos. »
¿Me ha entendido, Andrés? Si reconoces;
Que de tan inhumana jerigonza
Nada se entiende, y te quedaste á obscuras,
Quema tus libros y renuncia al pacto,
Y hasta que aprecies el hablar castizo
De tus abuelos, solterón te queda;
Y que doña Gregoria determine
Lo que la esté mejor. Si mi discurso
Enfático-dogmático-trifauce
Te ha parecido bien, y en él admiras
Repetido el primor de tus modelos,
No te detengas : cásate esta noche,
Y larga sucesión te den las Furias.

IX

Á CLAUDIO

el filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan sólo es importuno,
Presumido, embrollón, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida,
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazón chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(Á tres pajes hambrientos y golosos
Ración cumplida), y en cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la poción süave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedía,

Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló : diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz : « ¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción! » exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. « ¡Que á tanto llegue
Nuestra depravación, y un placer sólo
Tantos afanes y dolor produzca
Á la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente;
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh, qué abominación! », dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.
Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa también, de mármol eres;
Que es mucha erudición, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estoica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezón docta, es general locura

Del filosofador siglo presente.
Más difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, más innovaderos,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picarón tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupción de aquí. Zenón, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Emerguncio cuando sorbe y llora...
Dichoso aquel que la practica y calla.

TRADUCCIONES DE HORACIO

I

Á VENUS (1)

Deja tu Chipre amada,
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Gliceria adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.
Trae al muchacho ardiente
Y las Gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin ti no apetecida.

(1) Horat., lib. I ode XXX.

O Venus, regina Guidi Paphique
Sperne dilectam Cypron, et vocantis
Ture te multo Glyceræ decoram
Transfer in ædem.
Fervidus tecum Puer, et solutis
Gratiæ zonis, properentque Nymphæ
Et parum comis sine te Juventas
Mercuriusque.

II

Á LEUCÓNOE (1)

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á ti y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. Ó ya el Tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue,
Ó ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra,
Mientras hablamos, envidiosa corre.
¡Ay! goza del presente, y nunca fíes,
Crédula, del futuro incierto día.

III

Á ICCIO (2)

Qué, ¿al fin las riquezas
De la Arabia envidias,

(1) Horat, lib., I, ode XI.
Tu ne quæsieris (scire nefas quem mihi, quem tibi
Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios
Tentaris numeros : ut melius, quidquid erit pati!
Seu plures hyemes, seu tribuit Jupiter ultimam
Quæ nunc oppositis debilitat pumicibus mare
Tyrrhenum sapias, vina liques, et spatio brevi
Spem longan receses. Dum loquimur, fugerit invida
Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

(2) Horat. lib. I, ode XXIX.
Icci, beatis nunc Arabum invides
Gazis, et acrem militias paras
Non ante devictis sabæ

Iccio, y á los reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cuál servirte puede
Bárbara cautiva,
Que llore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cuál en regio alcázar
Llenará tus copas,
Ungido el cabello,
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado sólo
Á tirar saetas
Séricas doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaría
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver á su frente,

Regibus, horribilisque Medo
Nectis catenas! Quæ tibi virginum
Sponso necato barbara serviet?
Puer quis ex aula capillis
Ad cyatum statuetur unctis.
Doctus sagittas tendere Sericas
Arcu paterno? Quis neget arduis
Pronos relabi posse rivos
Montibus et Tiberim reverti.
Quum tu cœmtos undique nobiles
Libros Panæti, Socraticam et domum
Mutare loricis Iberis
Pollicitus, meliora tendis?

Si tú de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
(No á costa de leve
Afán adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

IV

Á LICINO (1)

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
Á playa mal segura,
Por evitar la tempestad obscura.
El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórfidos labrado.

(1) Horat., lib. 2, ode x.

Rectius vives, Licini, neque altum
Semper urgendo, neque, dum procellas
Cautus horrescis, nimium premendo
Litus iniquum.
Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula.
Sæpius ventis agitatur ingens
Pinus, et celsæ graviore casu

Muchas veces el viento
Árboles altos rompe; levantadas
Torres con más violento
Golpe caen arruinadas;
Hiere el rayo las cumbres elevadas.
No en la dicha confía
El varón fuerte; en la aflicción espera
Más favorable día;
Jove la estación fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.
Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no excusa
Con cítara sonora
Febo animar la musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.
En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazón valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

Decidunt turres; feriuntque summos
Fulmina montes.
Sperat infestis, metuit secundis
Alteram sortem bene præparatum
Pectus. Informes hyemes reducit
Jupiter, idem.
Submovet. Non si male nunc, et olim
Sic erit : quondam cithara tacentem
Suscitat Musam, neque semper arcum
Tendit Apollo.
Rebus angustis animosus atque
Fortis adpare : sapienter idem
Contrahet vento nimium secundo
Turgida vela.

V

QUE LA VIRTUD NADA TEME (1)

El que inocente,
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas;
Ó á las regiones
Que Hidaspe baña,
Ó por las Sirtes
Muy abrassadas,
Ó por el yermo
Cáucaso vaya.
Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
Á mi adorada
Lálage, libre
De afán el alma,
Por el muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos

(1) Es la oda XXII del libro I de Horacio, que tradujo también Moratín el padre.

De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.
Ponme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,
Lado del mundo,
Región helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
Ó en la que al rayo
Del sol cercana,
De habitaciones
Carece y aguas;
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si ríe,
Dulce si canta.

VI

Á PÓSTUMO (1)

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!

(1) Horat., lib. 2, ode XIV.
Eheu! fugaces, Postume, Postume,
Labuntur anni : nec Pietas moram
Rugis, et instanti Senectæ
Adferet, indomitæque Morti.
Non, si trecenis, quotquot eun dies,

Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Plutón desprecia, á tu lamento sordo.
Él al triforme Gerïon y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro,
Que al fin de las torpes aguas del obscuro
Cocito hemos de ver, y las infames

Amice, places inlacyrmabilem
Non, si trecenis, quotquot eun dies,
Plutona tauris, qui ter amplum
Geryonen, Tityonque tristi
Compescit unda, scilicet omnibus
QCicumque terræ munere vescimur,
Enaviganda, sive reges,
Sive inopes erimus coloni
Frustra cruento Marte carebimus;
Fractisque rauci fluctibus Hadriæ;
Frustra per anctumnos nocentem
Corporibus metuemus Austrum.
Vivendus alter flumine languido
Cocytus errans; et Danai genus
Infame, damnatusque longi
Sisyphus Æolides laboris.
Linquenda tellus, et domus, et placens
Uxor : neque harum, quas colis, arborem
Te, præter invisas cupressus
Ulla brevem dominum sæquetur.
Absumet hæres cæcuba dignior
Servata centum clavibus : et mero
Tinget pavimentum superbum
Pontificum potiere cœnis.

Bélides, y de Sísifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitación, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
Árboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Sólo te ha de seguir. Otro más digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados cécubo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En áureas tazas de opulenta cena.

VII

Á AUGUSTO (1)

¿De cuál varón ó semidiós el canto
Previenes, alma Clío,
En corva lira ó flauta resonante?

(1) Horat., lib. I, ode XII.

Quem virum, aut heroa lyra vel acri
Tybia sumes celebrare, Clio?
Quem Deum, cujus recinet jocosa
Nomen imago,
Aut in umbrosis Heliconis oris,
Aut super Pindo, gelidove in Hæmo,
Unde vocalem temere insæcutæ
Orphea sylvæ,
Arte materna rapidos morantem
Fluminum lapsus celeresque ventos,
Blandum et auritas fidibus canoris
Ducere quercus?
Quid prius dicam solitis Parentis
Laudibus? Qui res hominum ac Deorum
Qui mare ac terras, variisque mundum
Temperas horis.
Unde nil majus generatur ipso,
Nec viget quidquam simile aut secundum!
Proximos illi tamen occupavit

¿De cuál deidad, á cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío
Helicona, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura,

Pallas honores.
Præliis audax, neque te silebo
Liber; et sævis inimica Virgo
Belluis; nec te metuende certa
Phœbe sagitta.
Dicam et Alciden, puerosque Ledæ
Hunc equis illum superare puguis
Nobilem : quorum simul alba nantia
Stella refulsit.
Defluit saxis agitatus humor,
Concidunt venti, fugiuntque nubes;
Et minax, nam sic voluere, Ponto
Unda recumbit
Romulum post hos prius, an quietum
Pompili regnum memorem, an superbos
Tarquini fasces, dubito, an Cantonis
Nobile letum.
Regulum et scauros, animæque magnæ
Prodigum Paullum, superante Pœno,
Gratus insigni referam Camena,
Fabriciumque.
Hunc et incomtis Curium capillis,
Utilem bello tulit, et Camillum,
Sceva paupertas, et avitus apto
Cum lare fundus
Crescit, occulto velut arbor ævo,
Fama Marcelli : micat inter omnes
Julium sidus velut inter ignes
Luna minores,
Gentis humanæ pater atque custos,
Orte Saturno, tibi cura magni
Cæsaris fatis data, tu secundo
Cæsare regnes.
Ille, seu Parthos Latio imminentes
Egerit justo domitus triumpho,
Sive subjectos Orientis oræ
Seras et Indos,
Seras et Indos,
Te minor latum reget æquus orbem
Tu gravi curru quaties Olymupm;
Tu parum castis inimica mittes
Fulmina lucis.

Que el curso detenía
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas, los árboles movía,
Y el ímpetu veloz paró del viento?
¿Á quién primero ensalzaré cantando.
Sino al gran Padre, que la estirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar continuo
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
El es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana;
Si bien segunda en el amor divino
Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni á ti, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la virgen cazadora;
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.
También los triunfos cantaré de Alcides,
Y á los hijos de Leda, celebrado
Jinete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado
La espuma resonante,
El raudo viento para,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
Calma el furor terrible.
Dudo si aplauda al fundador Quirino
Después de aquéllos, del prudente Numa
El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,

Ó de Catón la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante,
Ó si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,
La palma por Aníbal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid, á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto;
Así la fama crece de Marcelo;
Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el destino
La protección de Augusto,
Tú reina, y él á ti segundo sea;
Ó ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo;
Ó en las últimas playas del Oriente
Indos y Seres humillados vea;
Él, inferior á ti, dé soberano
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas,
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

VIII

PROFECÍA DE NEREO (1)

Llevando por el mar el fementido
Pastor á Helena en sus idalias naves,
Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles : « En mal hora, exclama,

(1) Horat., I, ode XV.

Pastor cum traheret per freta navibus
Idœis Helenen perfides hospitam,
Ingrato celeres obruit otio
Ventos, ut caneret fera
Nereus fata. Mala ducis avi domum,
Cuam multo repetet Græcia milite
Conjurata tuas rumpere nuptias,
Et regnum Priami vetus.
Eheu, quantus equis, quantus adest viris
Sudor! quanta moves funera Dardanæ
Gentil Jam galeam Pallas et ægida
Currusque et rabiem parat.
Nequidquam, Veneris præsidio ferox,
Pectes cæsarium, grataque feminis
Imbelli cithara carmina divides:
Nequidquam thalamo graves
Hastas, et calami spicula Gnossii
Vitabis, strepitumque, et celerem sequi
Ajacem; tamen, heu! serus adulteros
Crines pulvere collines.
Non Laertiaden, exitium tuæ
Gentis; non Pylium Nestora respicis?
Urgent impavidi te Salaminius
Teucer; te Stehnelus sciens
Pugnæ, sivo opus est imperitare equis
Non auriga piger. Merionen quoque
Nosces. Ecce furit te reperire atrox
Tydides meli r patre;
Quem tu, cervus uti vallis in altera
Visum parte lupum graminis immemor
Sublimi fugies mollis anhelitu;
Non hoc pollicitus tuæ.
Iracunda diem proferet Ilio
Matronisque Phrygum classis Achillei :
Post certas hyemes uret Ac aicus
Ignis Pergameas domos.

Llevas á tu ciudad á la que un día
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
Y de tus padres el antiguo imperio.
¡Cuánto al caballo y caballero espera
Sudor y afán! ¡Oh, cuánto á la dardania
Gente vas á causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonante,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Venus la olorosa
Melena trences, y en acorde lira,
Grato á las damas, cantes amoroso
Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas á tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ayax, ligero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
Tu cabello gentil todo se cubra,
¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
Y Néstor el de Pilos, á los tuyos
Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
Ya te persiguen? Teucro en Salamina
Príncipe, y el que vence las batallas
Y diestro auriga á su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que á Merïón conozcas
Y á Diomedes, más fuerte que á su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pastor abandonar, así cobarde

Y sin aliento evitarás su golpe;
Y no, no fueron tales las promesas
Que á tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilion la llama argiva. »

IX

CONTRA EL LUJO Y AVARICIA

DE SU TIEMPO (1)

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro
Ni colunas, que corta en sus regiones

(1) Horat., lib. II, ode XVIII.

Non ebur, neque aureum,
Mea renidet in domo lacunar;
Non trabes Hymettiæ
Premunt columnas ultima recisas
Africa; neque Attali
Ignotus hæres regiam occupavi;
Nec Laconicas mihi
Trahunt heneste purpuras clientœ.
At fides et ingeni
Benigna vena est, pauperemque dives
Me petit. Nihil supra
Deos lacesso; nec potentem amicum
Llargora flagito,
Satis beatus unicis Sabinis.
Traditur dies die,
Novæque pergunt interire Lunæ.
Tu secanda marmora
Locas sub ipsum funus, et sepulcri
Immemor, struis domos
Marisque Balii obstrepentis urges
Submovere littora,
Parum locuples continente ripa.

Apartadas el moro,
Sostienen trabes áticas. Ni intruso
Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
Púrpuras de Laconia para el uso
De su señor mis siervas;
Pero vivo contento
De que jamás faltaron
En mí virtud y numen aflüente.
Soy pobre, pero el rico á mí se inclina.
Ni pido más á la bondad divina,
Ni para que mis fondos acreciente
Importuno al amigo generoso;
Harto soy venturoso
Con mis campos sabinos.
Una y otra después arrebatadas
Huyen las lunas, y de igual manera
Las nuevas horas á morir caminan.
Tú, cercano á la muerte,
De mármol edificas levantadas

Quid? quod usque proximos
Revellis agri terminos, et ultra
Limites clientum
Salis avarus; pellitur paternos
In sinu ferens Deos
Et uxor, et vir, sordidosque natos
Nulla certior tamen
Rapacis Orci fine destinada
Aula divitem manet
Herum. Quid ultra tendis? Æqua tellus
Pauperi recluditur
Regumque pueris : nec satelles Orci
Callidum Prometheo
Revexit auro raptus. Hic superbum
Tantalum, atque Tantali
Genus cœrcet; hiclevare functum
Pauperem laboribus
Vocatus atque non pocatus audit.

Fábricas, olvidado de la tumba;
Y estrecho en la ribera
De Bayas, donde el piélago retumba,
Buscas en él cimiento.
¡Qué mucho si los términos vecinos
Alteras avariento,
Usurpando á tus súbditos la tierra!
Por ásperos caminos
Tímidos huyen la mujer y esposo,
Ambos al seno puestos
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
Pues no, no tiene el hombre poderoso
Palacio más seguro
Que la mansión del Aqueronte avara:
Ella le espera habitador futuro.
¿Para qué anhelas más? ¿Si al que mendiga,
Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono, igual prepara
La tierra sepultura;
Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió á gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno?
Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe
De Tántalo famosa;
Él, de quien sufre angustia dolorosa
(Invocado tal vez, ó aborrecido),
El llanto acalla en el horror eterno.

SONETOS

I

Á LA CAPILLA DEL PILAR DE ZARAGOZA

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa,
Á quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,
Serán asombro en el girar futuro
De los siglos; basílica dichosa,
Donde el Señor en majestad reposa,
Y el culto admite reverente y puro.
Don que la fe dictó, y erige eterno
Religiosa nación á la divina
Madre que adora en simulacro santo.
Por él, vencido el odio del Averno,
Gloria inmortal el cielo la destina,
Que tan alta piedad merece tanto.

II

Á DON JUAN BAUTISTA CONTI

Febo, desde la tierna infancia mía,
Quiso que el plectro de marfil pulsara,
Y en las alturas de Helicón gozara
Sus verde bosques y su frente fría.
Mas dudosa la mente desconfía,

Conti, aspirar al premio que prepara
Á sólo el que mostró, con unión rara,
Talento y arte en docta poesía.
Pero si tú, mi amigo generoso,
La cumbre me señalas eminente,
Y el paso incierto dirigir no excusas,
Imitando tu verso numeroso,
Veré de lauros coronar mi frente,
Suspenso al canto el coro de las Musas.

III

Á FLÉRIDA, POETISA

Basta, Cupido, ya, que á la divina
Ninfa del Turia reverente adoro;
Ni espero libertad, ni alivio imploro,
Y cedo alegre al astro que me inclina.
¿Qué nuevas armas tu rigor destina
Contra mi vida, si defensa ignoro?
Sí, ya la admiro entre el castalio coro
La cítara pulsar griega y latina;
Ya, coronada del laurel febeo,
En altos versos llenos de dulzura,
Oigo su voz, su número elegante.
Para tanto poder débil trofeo
Adquieres tú, si sola su hermosura
Bastó á rendir mi corazón amante.

IV

LAS MUSAS

Sabia Polimnia en razonar sonoro
Verdades dicta, disipando errores;

Mide Urania los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro;
Une en la historia al interés decoro
Clío, y Euterpe canta los pastores;
Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz, bañada en lloro;
Caliope victorias; danzas guía
Terpsícore gentil; Erato en rosas
Cubre las flechas del amor y el arco;
Pinta vicios ridículos Talía
En fábulas que anima deleitosas;
Y ésta le inspira al español Inarco.

V

JUNIO BRUTO

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad; corre la plebe al foro,
Y entre las fasces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.
Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atención sonoro;
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.
Valerio alza la diestra; en ese instante
Al uno y otro joven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.
Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta, y dice :
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma.»

VI

RODRIGO

Cesa en la octava noche el roneo estruendo
De la sangrienta militar porfía;
El campo godo destrozado ardía
Con llama que descubre estrago horrendo
Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvía,
Y muerto Orelio, entre la sombra fría,
Herido y débil se acelera huyendo.
En vano el Lete, con raudal undoso,
El paso estorba al príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.
Surca las aguas, cede al poderoso
Ímpetu, expira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

VII

CUENTAS DE HELIODORA,

SALTATRIZ

Siete duros al mes de peluquero,
Para calzarme nueve; las criadas,
Que necesito dos, no están pagadas
Si no les doy cien reales en dinero.
Diez duros al bribón de mi casero;
Telas, plumas, caireles, arracadas;
Blondas, medias, hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,
Noventa duros, poco más. — Noventa,
Diez, siete, nueve, cinco... ¿Y la comida?

— Yo la quiero pagar, y somos cuatro.
— ¿Y esto en un mes?— ¡Si á usted no le contenta!
— Sí, calla. Bien. ¡Hermosa de mi vida!...
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

VIII

LA NOCHE DE MONTIEL

¿Adónde, adónde está, dice el infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro, al verle, desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante,
Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra y pone al pecho la rodilla:
Beltrán (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.
Herido el rey por la fraterna mano,
Joven expira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.
No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si da la muerte
Por un delito atroz una corona.

IX

Á CLORI, HISTRIONISA,

EN COCHE SIMÓN

Esa que véis llegar, máquina lenta,
De fatigados brutos arrastrada,
Que en vano, de rigor la diestra armada
Vinoso auriga acelerar intenta,

No menos va dichosa y opulenta,
Que la de cisnes cándidos tirada
Concha de Venus, cuando en la morada,
Celeste al padre ufana se presenta.

Clori es ésta, mirad las poderosas
Luces, el seno de alabastro, el breve
Labio que aromas del Oriente espira.

Flores al viento esparcen las hermosas
Gracias, y el virgen coro de las nueve,
Y en torno de ella Amor vuela y suspira.

X

Á CLORI,

DECLAMANDO EN FÁBULA TRÁGICA

¿Qué acento de dolor el alma vino
Á herir? ¿Qué funeral adorno es éste?
¿Qué hay en el orbe que á tus luces cueste
El llanto que las turba cristalino?

¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Así ofender su espíritu celeste?...
¿Ó es todo engaño? ¿Y quiere amor que preste
Á su labio y su acción poder divino?

Quiere que exenta del pesar que inspira,
Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y dócil á su voz se angustie y llore;

Que el tierno amante que la atiende y mira,
Entre el aplauso y el temor dudoso,
Tan alta perfección absorto adore.

XI

PARA EL RETRATO DE FELIPE BLANCO, PRIMER GRACIOSO DEL TEATRO DE BARCELONA

¿No véis qué serio estoy? Pues no os espante
La adusta gravedad de mi persona,
Que adentro tengo el alma juguetona :
Diverso de mi genio es mi semblante.
Prosa ó verso me dicten elegante
Los que suben al cerro de Helicona,
Mis gracias aseguran su corona
Cuando animo la sátira picante.
Los que quieren gemir y dar suspiros,
Y sus lágrimas compran con dinero,
Lloren, oyendo heroicidades tristes;
Mas si queréis vosotros divertiros,
Venid á mí, que el amargor severo
De la verdad os disimulo en chistes.

XII

Á LA MEMORIA

DE DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

Ninfas, la lira es ésta que algún día
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armonïosa
El curso de las ondas detenía.
Quede pendiente en esta selva fría
Del lauro mismo que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñía.
Intacta y muda entre la pompa verde

(Sólo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;
Ya que la patria, en el común lamento,
Feroz ignora la opinión que pierde,
Negando á sus cenizas monumento (1).

XIII

LA DESPEPIDA

Nací de honesta madre; dióme el cielo
Fácil ingenio en gracias afluente,
Dirigir supo el ánimo inocente
Á la virtud el paternal desvelo,
Con sabio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas á mi frente :
La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.
Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las Musas bellas
Mi pasión fueron, el honor mi guía.
Pero si así las leyes atropellas,
Si para ti los méritos han sido
Culpas; adiós, ingrata patria mía.

(1) La Academia de la Historia, en su edición de Moratín, defiende á la nación española de la ingratitud que el autor le achaca. En efecto, los restos de D. Juan Meléndez Valdés yacen en Montpellier, bajo un monumento erigido por el duque de Frías, quien, á pesar de haber defendido con las armas una causa contraria á la del ilustre poeta, quiso rendirle este homenaje de veneración, en nombre de sus conciudadanos.

XIV

Á LA EXPOSICIÓN

DE LOS PRODUCTOS DE INDUSTRIA Y ARTES, HECHA EN EL PALACIO DEL LOUVRE EL AÑO DE 1819

Hoy que cerrado el templo de Belona,
Abre el suyo benéfica Minerva,
Y á sublimes artífices reserva
De esplendor inmortal áurea corona;
Méritos más ilustres ambiciona
Galia en el ocio de la paz que observa,
Que cuando, para hacer á Europa sierva,
Al ímpetu de Marte se abandona.
Con tales artes opulenta, fuerte
Y docta, su poder verá temido
En este y el antártico hemisferio;
Mientras su claro príncipe convierte
Las leyes santas, pues su don han sido,
Á la estabilidad de tanto imperio.

XV

Á LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR

ISIDORO MÁIQUEZ

Tú sólo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma;
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, á la opresión resiste.
Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,

La admiración del mundo dividiste;
¿Á quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde y abandonas?
Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas en la tumba de Isidoro,
Cetro depone y púrpura y corona.

XVI

COPIA DE UN CÉLEBRE CUADRO

DE M. GUERIN, QUE SE CONSERVA EN PARÍS EN LA GALERÍA DEL LUXEMBURGO

Insta Dido otra vez, Ana presente,
Al huésped frigio que en silencio adora,
Á que la fuga de Sinón traidora,
Y el incendio de Pérgamo la cuente.
Él otra vez de la enemiga gente
El falso voto y los ardides llora,
La cólera de Aquiles vengadora,
Héctor sin vida, y Hécuba doliente.
Pinta el horror de aquella última y triste
Noche, y en la sidonia alta princesa,
Admiración, temor, piedad excita.
Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,
El anillo nupcial sagaz la quita.

XVII

Á D. LUIS DE SILVA

Mociño de Albuquerque, autor de las *Geórgicas portuguesas*.

Cantó el de Mantua con sonoro acento
La cultura del campo y los pastores;

Después empresas celebró mayores,
Y á Roma alzó durable monumento.
Tú así, que en el bucólico instrumento
Ensayaste del arte los primores,
Desdeñando las selvas y las flores,
Épica trompa harás sonar al viento.
Sí, que en los fuertes lusitanos dura
El mismo aliento que les dió victoria
En los opuestos límites del mundo.
Y si al valor y á la virtud procura,
Silva, tu verso inextinguible gloria,
De tu patria serás Marón segundo.

XVIII

Á DOÑA LUISA GÓMEZ CARABAÑO,

premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la Botánica.

Esa guirnalda que enlazó á tu frente,
Premio de docto afán, la linda Flora,
De aplauso no mortal merecedora
Te anuncia á la futura hispana gente.
Lauros le den al adalid valiente,
Que al golpe de su espada vengadora
Triunfa, y su esfuerzo y sus hazañas llora
La humanidad, si el lloro se consiente,
En tanto que á merced de la fortuna,
Cercados de amenazas y temores,
Los reyes ciñen sus coronas de oro.
No la que tienes hoy cede á ninguna :
Préciala en mucho, y tus humildes flores
Al suelo patrio añadirán decoro.

XIX

Á LA SEÑORA M. D.

bailarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado *Amor en la aldea.*

No es el Amor esa deidad hermosa
Que véis, como los céfiros, alada,
Con puntas de oro y dócil arco armada,
Y ceñida la sien de mirto y rosa.
Ó en breve sueño su inquietud reposa,
Ó el aire hiende, la prisión burlada;
Dulces afectos inspirar la agrada:
Triunfa, y castiga ó premia generosa.
Esa es la ninfa, por quien hoy ufano
Garona ilustra su feliz ribera,
De pámpanos ornándose el cabello.
No es aquel ciego flechador tirano,
Que el mundo turba y la celeste esfera;
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

XX

LA MUERTE (1)

En tanto que al imperio de la muerte
Llega á ceder nuestra existencia vana,
Votos ofrece la piedad cristiana,
Hoy que sus triunfos con horror advierte.
Doliente aspira á mejorar la suerte
De los que un tiempo la flaqueza humana
Manchó de culpa, y purifica y sana

(1) Este soneto y el siguiente fueron colocados en un cenotafio con motivo de las honras celebradas en 1815 por la compañía dramática de Barcelona en sufragio de sus hermanos difuntos.

La pena en cárcel pavorosa y fuerte.
  Los que hoy existen, breve sepultura
Ocuparán después, pero perdido
No será, no, su celo fervoroso;
  Que entonces hallarán las que han vertido
Lágrimas tiernas, y en región más pura
Adquirirán también vida y reposo.

XXI

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Cuando al sonido del clarín llamado
El hombre salga de su tumba fría,
Supremo Juez en el tremendo día
Descenderá de incendios rodeado.
  Premio al justo dará, pena al malvado
Que de su ley eterna se desvía.
Pero ¿cuál es ¡oh Dios! el que podría
Aparecer sin mancha de pecado?
  No hay mérito sin ti; mas si la ofensa
Perdonas, y el error se desvanece
Al lloro del mortal arrepentido,
  Hoy sacrificios en tu templo ofrece,
Y se atreve á esperar piedad inmensa.
Porque eres tú, Señor, el ofendido.

XXII

ABNEGACIÓN ESTÚPIDA

  El pobre Polidemo dijo un día :
« Basilio, tú gobernarás mi hacienda;
Y aunque todo se gaste, empeñe y venda,
Siendo tu voluntad, será la mía.

Pagaré numerosa compañía
Que á mí me insulte y á tu gusto atienda :
Entrégate al placer, cena, merienda;
No estorben mis pesares tu alegría.
Aunque soy ignorante, será bueno
Hacerme más estúpido y más tonto,
Que los estudios para mí son malos.
Y si es que alguna vez me desenfreno,
Trátame con rigor, átame pronto;
Y si tengo razón, dame de palos. »

ROMANCES

I

Á UN MINISTRO

Ayer salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto,
Encaminado á la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de Diciembre,
Y buen principio de Enero.
Pues, señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo;
De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecos;
Infatigable escritor
De arbitrios y de proyectos,
Entremetido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
Él al verme comenzó
Á dar voces desde lejos,
Y á correr y á chichear,

Y en suma, no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos;
Y entre los dos empezamos
Este diálogo molesto :
« Moratín, hombre, ¡qué caro
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á usted el invierno.
¿Conque va bien?... — Lindamente
— Sí, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo
Vaya, el barrio es achacoso,
Usted un poco travieso...
Digo, será la andaluza
De ahí abajo. — No, por cierto.
— ¿Conque no?... — ¡Qué bobería!
Ni la conozco, ni quiero;
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos,
— Pues, amigo, linda moza.
¡Cáspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,
Boca pequeña, ojos negros,
Petimetrona... La trajo
De Cádiz don Emeterio,
Y en un año le ha roído
Cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle. — Buen provecho;
Pero á más ver, porque ahora
Voy de prisa, y hace fresco.

— Hombre, para ir á palacio
Es temprano. — Estoy en eso.
Pero no voy. — ¿No? Pues qué,
¿Nunca va usted? — Yo me entiendo.
— ¡Ay! ya caigo; conque siempre...
Es muy justo... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor conde
Le estima á usted. — Á lo menos
Me tolera, disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
— Sí, yo sé de buena tinta
Que á usted le estima. Un sujeto
Que va allí mucho... Y ¿qué tal?
¿Conque ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh? — No es verdad,
No, señor; si no son buenos
No los quiere, y hace bien;
Si son fáciles, ligeros,
Alegres, claros, süaves
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los míos
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,
Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
— Ya, ya; pero usted debía
Mudar de tono... — En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,

Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
Á todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza
De alambicados conceptos,
En versos flojos y obscuros,
Y en lenguaje verdinegro,
Entre gótico y francés,
Hacerle dormir despierto;
No, señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, sólo
La de ser audaz no tengo.
— Bien está; pero ¿qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa?... — Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos :
Dones que da la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,
Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden
La suerte ciega ni el tiempo,
Y adiós, que es tarde. — Oiga usted.
— Que voy de prisa. — Un momento.

Mire usted... yo... la verdad...
También... ya se ve... Yo tengo
Algo de vena; y en fin...
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué? — Digo que á las veces
Á mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas á luz, porque... — Bien.
¡Admirable pensamiento!
— Aquí traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
Á aquel portal. — Nos veremos.
— Pero un instante. — Otro día.
— Y una canción que he compuesto
Filosófica. — Al diario.
— Y una tragedia que pienso
Acabar hoy — Á los caños.
— Y un arbitrio. — Á los infiernos »
Esto dicho, le dejé.
Apresuro el paso y llego,
Y llegué tarde, según
El informe del portero.
Renegué del trapalón,
De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.
¡Ay, señor! entre las dichas
Que para vos pido al cielo,
La de no conocer nunca

Á este verdugo os deseo;
Que si una vez os alcanza,
Según es osado y terco,
Por no verle la segunda,
Os váis á habitar al yermo.

II

AL CONDE DE FLORIDABLANCA (1)

Musa, mañana sin falta
Has de llevar un recado;
Oye la lección, y cuenta
Con alterar un vocablo.
Primeramente pondráste
La mantellina de trapo,
La basquiña de pedir,
Y el gesto de *No hay un cuarto*;
Que cuanto me ha reducido
Mi desgracia, ó mi pecado,
Á un potaje de lentejas,
Que siempre es mi extraordinario,
No es bueno que vayas tú
Muy levantada de cascos,
Crujiendo sedas, y llena
La cabeza de penachos.
Moderación, Musa mía;
La moderación te encargo;
No valga más que el señor
El vestido del criado,

(1) Este romance fué escrito por el autor, siendo aún muy joven, y dirigido al conde de Floridablanca, á quien cayó tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedía, y aun le otorgó y dispensó otros muchos beneficios.

Y diga el ilustre conde
Al verte de punta en blanco,
Que eres musa prostituta,
Y yo tolerante y manso.
Irás... pero no; que están
Los porteros conjurados,
Y... yo me entiendo. No vayas,
Que es gastar el tiempo en vano.
Vete derecho á San Gil,
Y ponte en medio del paso
Y no te apartes por más
Que el cielo llueva venablos.
Espérate allí; y en viendo
Que la misa se ha acabado,
Ojo avizor... que ya sale :
Llegó la ocasión, al caso.
Pero si, como otras veces,
Va de prisa, y no ha mirado,
Ó se atraviesa una viuda,
Ó algún soldado de antaño,
Ó de un coscorrón te envían
Al cancel más inmediato,
Ó un abad gordo se sube
Encima de ti gritando;
Y en tanto se cierra el coche,
Y ya más veloz que un rayo
Corre, tú le alcanzarás,
Que el ayuno hace milagros.
Corre; y á pie firme espera
Á la puerta de palacio,
Que allí ha de parar, y allí
Te ha de ver si no ha cegado.
Y entonces torciendo el cuello,

Como novicio descalzo,
Dile... (Así nunca tus versos
Se impriman en el diario);
Dile... « Señor, Moratin
Está que le lleva el diablo :
Ni sabe qué hacer, ni sabe
Cómo poder obligaros.
» No viene en propia persona
Á repetir el asalto,
Por no seros importuno,
Puesto que lo ha sido tanto.
» Y así, preséntome á vos
Con poderes que me ha dado:
Escuchadme la embajada,
Que en dos puntos la despacho.
» Primero : que os da los días,
No como se dan hogaño,
Por cumplimiento y por uso
De papelitos pintados;
» Sino por estimación
Y afecto sencillo y llano,
Sin hipérboles de moda
Ni palabrones hinchados,
» Rogando al cielo os conceda
Más vida que á un mentecato,
Más robustez que á un flamenco,
Más fortuna que á un bellaco,
» Para que la envidia os vea
Vivir feliz muchos años,
Querido de la nación,
Y amigos siempre de Carlos.
» Esto ruega al cielo; y esto
Que os dijese me ha mandado;

Y voy al segundo punto :
La compasión os encargo.
» Dice que, pues hoy es día
De gracias y de agasajos,
El agasajo le hagáis
De sacarle de trabajos;
» Que el pobrecito está ya
De esperar desesperado;
Y sólo vuestra palabra
La vida le va alargando.
» El médico le visita;
Le manda jarabe y baños,
Caldos de pollo y substancias,
Y medicinas y emplastos.
» Pero si vos no mandáis
Hacerle beneficiado,
Ó una pensión clerical
Le recetáis para el caso,
» Ni pediluvios, ni ungüentos,
Ni píldoras, ni electuarios,
Ni aunque se acueste con él
Todo el protomedicato,
» Bastará para que el triste,
Con la intemperie de Marzo,
No se muera de inacción,
Como mueren los fidalgos.
» ¡Oh, señor!... (Aquí es preciso
Musa, que esfuerces el llanto
Con aquello de ¡*Ay de mí*!
Y sollozos y desmayos.)
» ¡Oh, señor! no permitáis
Que se muera tan temprano,
Si no queréis que se vista

De luto todo el Parnaso.
» Sois poderoso, y es fuerza
Que al impulso de esa mano
La más adversa fortuna
Mire su rigor postrado.
» Que si los que adora el mundo
Tienen de divinos algo,
Es sólo poder hacer
Felices los desdichados.
» Y pues la Europa os admira
Al pie del dosel hispano
Regir en paz y justicia
Tanto imperio dilatado,
» No diga de vos que habiendo
Podido en la tierra tanto,
Sólo á Moratín no pudo
Hacer feliz vuestra mano.
» Desmentid, señor, la errada
Opinión del vulgo vano,
Que juzga que en el hospicio
Tiene Apolo su palacio.
» Desmentidla, pues á vos
Dejó el cielo reservado
Hacer florecer las letras
Dando favor á los sabios.
» Yo no imagino que pueda
Su pretensión admiraros,
Pues cosa más despreciable
¿Cuándo os ha pedido? ¿cuándo?
» Él no pide que le déis
Una cola de arcediano,
Ni quiere ser intendente,
Ni duque, ni veinticuatro;

» Sólo quiere ser abate :
¡Qué pedir tan moderado
El suyo, si por ventura
El ser abate es ser algo !
» Esta fué su vocación
Desde sus primeros años;
No se lo estorbéis, que al fin
Sois católico cristiano,
» Y en conciencia no podéis
Impedir á este muchacho
Que llegue á verificar
Un pronóstico tan santo.
» No, señor. Considerad
Que es el punto delicado;
Vedle bien, y si queréis
Verle mejor, consultadlo.
» Cualquiera abate os dirá
De la capita milagros;
Que también tiene indulgencias
Como los escapularios
» Sí, señor : también las tiene;
Y cierto autor italiano
Cuenta que ha habido en Europa
Hasta cinco abates santos.
» ¿Y quién sabe si los cielos
Á Moratín han guardado
Para la media docena
De estos bienaventurados?
» ¿Y quién sabe si algún día,
En la colección de un claustro,
En un lienzo, colorido
Por los futuros Ticianos,
» Se verá á mi santo niño

Humildito y cabizbajo,
Las rodillas en el suelo,
Y juntas entrambas manos,
» En chupilla y motilón,
Todo judibundizado,
Recibiendo la sagrada
Capita de vuestra mano? »
Esto le dirás; y espero
Las resultas del encargo,
Como espera un mal poeta
Las decisiones del patio.
Porque si la suerte hiciese
(Mas no es posible esperarlo
De la bondad de mi dueño,
Á quien reverencio y amo)
Que mi súplica no hallase
Indulgencia ni despacho,
Entonces, Musa, ya puedes
Buscar aposento y plato.
Busca algún talento chirle,
Puesto que en Madrid hay tanto
De estos que viven surtiendo
Versecillos á destajo.
Con él puedes ajustarte
Por meses ó medios años;
Ó que cada inspiración
Te la pague de contado.
Con ésta al público grazna,
Y engruda los esquinazos,
Y Dios te ayude y te dé
Lectores desocupados;
Que si yo me llego á ver
De una vez desesperado,

Ó me meto á traductor,
Ó me degüello, ó me caso.

III

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ

en una de sus venidas á la corte desde el sitio de Aranjuez, en 1770.

Aunque de lejos he visto,
Si no hay en la vista engaño,
Que venís bueno y alegre
De las orillas del Tajo,
Recibid el parabién
En versos cojos y mancos;
Y si no os parecen buenos,
Á mí me pasa otro tanto.
Es muy difícil hacerlos
Bruñiditos y limados;
Pide tiempo, y no lo tienen
De sobra los secretarios.
Sabréis que mi señoría
Trabaja más que un forzado,
Traduciendo, corrigiendo,
Reconstruyendo y firmando.
Sabréis que de Babilonia
El famoso campanario,
Si á mi portal se compara,
Fué un juguete de muchachos.
Viérais allí un tunecino
Que viene desaforado,
Á que le traduzca yo
Unas coplas de su hermano;
Un irlandés que no entiende
La factura de dos barcos,

Y no sabe si llevaban
Naranjas ó atún salado;
Mucho clérigo de prima
Y abatillos currutacos,
Emigrantes, bailarines
Y caldereros gabachos;
Viudas que quieren casarse,
Y como murió don Braulio
En Norlingen, me presentan
Un bosque de garabatos.
Yo los he de interpretar,
Y van y vienen recados :
Que por Dios que las despache,
Que es conciencia dilatarlo.
¿Pues, cuándo vienen de Roma
Los diplomas sacrosantos
Que aquella ciudad bendita
Regala al orbe cristiano?
Allí es ver cómo las Musas
Se escapan por los tejados
Huyendo la incomprensible
Colección de garabatos.
Las bulas y pergaminos
Con tanto sello colgando
Para leche, para huevos,
Para no comer pescado;
Dispensas y absoluciones
Para primos y cuñados
Que en vez de quererse bien
Se quisieron demasiado;
Para que don Agapito
Diga una misa volando,
Y supla por veinte mil

Que en dinero le pagaron.
Para que sor Dorotea
Se vaya á tomar los baños,
Y fray Serapión no rece
Mientras le duren los flatos;
Para que vuelvan al siglo
Los que al siglo renunciaron...
Entonces una irrupción
Viene de godos y alanos,
Espesa nube de frailes
Sobre mi casa tronando,
Blancos, cenicientos, musgos,
Negros, azules y pardos;
Mallorquines, andaluces,
Extremeños y canarios;
Habaneros á docenas,
Y á cientos los peruanos,
Impacientes de soltar
Capuchas y escapularios;
Me llenan de maldiciones
Cada momento que tardo :
Todos con su papelón,
Unos en otros brincando,
Que sin mi firma no puede
Cargar con ellos el diablo.
Todos en su tierna edad
Por un padre endemoniado
Y á fuerza de mojicones
Y palizas, profesaron;
Todos han sufrido injurias
Atroces de sus hermanos,
Y el convento los persigue
Porque son buenos y santos;

Todos tienen una hermana
Viuda y pobre y sin amparo,
Y dos sobrinas doncellas
Recatadas por el cabo,
Cuya doncellez está
Por instantes peligrando,
Y si no las guarda el fraile,
Van á suceder estragos.
Esta es mi vida, estas son
Las amarguras que paso,
Los combates que me dan,
Las escaladas que aguanto.
No os admire, pues, que sean
Mis versos pocos y malos;
Hágalos mejores quien
Esté menos ocupado;
Que para alegrarme yo
De veros contento y sano
Y que el cielo en largas dichas
Os guarde felices años,
No necesito de Apolo,
De las Musas y el Parnaso,
Y en prosa humilde diré
Que os venero siempre y amo
Y os digo verdad, así
Vos me queráis otro tanto.
Es mucho; con la mitad
Me doy por afortunado.

IV

Á UNA DAMA QUE LE PIDIÓ VERSOS

¿Versos le pedís á un hombre
Tan cerrado de mollera?
¿Sabéis qué malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan?
¿Sabéis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,
Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras?
Si fuera un vecino mío
Que hace coplas á docenas,
Y con ellas se extasía,
Se enloquece y se embelesa,
Y baja al portal, y á cuantos
Pasan, por ruego ó por fueras,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias,
Con epigramas, y nueve
Planes de nueve poemas;
Ese sí pudiera daros
Cuantos versos le pidierais,
Ya que la suerte enemiga
Le condenó á ser poeta.
Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
Á tal tentación consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiración, influencia,

Numen, furor, los que envían
Á Salanova cuartetas,
No es otra cosa que el diablo,
Que los hurga y que los ciega;
Él los inspira, y así
Son tan diabólicas ellas,
Y como hay uno encargado
De los cuñados y suegras,
Alborotador de casas,
Y amigo de peloteras;
Otro diablo comilón
Que corre de mesa en mesa;
Otro vanidoso y tonto
Con bordados y veneras;
Y otro, en fin, que es el que temo,
Juguetón, mala cabeza,
Que se esconde muchas veces
Entre las pestañas negras,
Y hace con una mirada,
Con una risa halagüeña,
Con dos lágrimas traidoras,
Que todo un hombre se pierda,
Así también, además
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro más enfadoso,
Más insolente y perrera.
Éste es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias.
Éste el que aforra los postes
Con cartelones de á tercia,
Embadurna los diarios

Y hace cola en las gacetas,
Éste el que enseña á hacer libros
En donde todo se enseña,
Padre adoptivo de tantos
Sócrates á la violeta.
Él apuntó á Valladares
Sus misiones de cuaresma,
Y al miserable Moncín
Sus nefandas Roncalesas,
Á don Bruno sus tramoyas,
Á Luciano sus endechas,
Y á nuestro Plauto moderno
Sus farsas tripicalleras.
Por él en ambos corrales
La ruda plebe merienda
Del gótico don Fermín
Las más cocidas menestras.
Por él Zavala, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante Trigueros
Aborta sus epopeyas,
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!,
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas;
Sólo este diablo te pudo
Turbar así la cabeza,
Y por divertirse hacerte
Escritor de callejuela.
Él solo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
Á don Alvaro Guerrero,
Á don Lucas, á Cacea,

Y á tanto varón famoso
Con quien Guarinos espera
Rebutir el suplemento
De su infausta biblioteca.
Y tú, que desde tu silla
Presides á sus tareas,
Y en pérfidas impresiones
Su celebridad aumentas,
Gran Salanova, que en todo
Te metes, y en todo yerras,
¿Qué cura te sacará
El diablo que te atormenta?
Si nuestra piadosa madre
Algún conjuro tuviera,
Como para las langostas,
Para los malos poetas,
Yo te aseguro, infeliz
Mitólogo de la lengua,
Que á chorros de agua bendita
Y antífonas y coletas
Bien presto libertaría
De la pícara caterva
De dioses y semidioses,
Y espectros y ninfas necias
Esa pobre criatura,
Que sin cesar aporrea
El enemigo, y á eterno
Disparatar la condena.
Pero es en vano : los cielos,
Quizá ofendidos, ordenan
En pago de nuestras culpas
Tanto castigo á la tierra.
Y como suele tal vez

Ocupar una floresta
Importuna multitud
De cigarras vocingleras
Que aquí y allá chirriando
El ronco estrépito alternan,
Cantan que rabian, y nunca
Hasta reventar lo dejan,
En tanto que al son tremendo
Huyen con alas ligeras
Las avecillas canoras,
Dulce hechizo de la selva,
Vuela de una rama en otra
Asustada Filomena,
Ni el aire su voz despide,
Ni al caro nido se acerca;
De esta suerte el numeroso
Enjambre que nos apesta,
De copleros chabacanos,
Ridícula turba y necia,
Fastidiosamente aulla,
Y al runrún de sus cencerras
Las musas desaparecen,
Febo y las gracias con ellas.
Todo es ignorancia, y todo
Frivolidad é insolencia,
Y el Parnaso castellano
Yace morada desierta.
Ni ¿quién osará acallar
La desapacible orquesta,
Ni alternar en el solfeo
Que Salanova gobierna?
¿Y vos, señora, pedís
(Supongo que fué por fiesta)

Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollón,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba Huerta,
Yo, cuando en tal ignominia
Está de Apolo la ciencia,
¿He de escribir, mientras Nifo
Escribe que se las pela;
Mientras Concha, haciendo ajustes
Con Martínez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias;
Y Moncín, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre
Don Bruno rabia y patea?
Mientras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y á Trigueros le despacha
El título de poeta,
¿Yo he escribir? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los hados
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe obscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen,
Resucitadas las letras,
De su perdido esplendor

La edad venturosa vuelva.
Yo, entonces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
Ó han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos
Que Apolo inspira y alienta;
Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran.

V

AGUINALDO POÉTICO

Ya, señor, el tiempo llega
De presentes y regalos:
Para el que ha de recibir,
El más alegre del año;
Para el que da, tiempo triste,
Mes azaroso é infausto,
Tanto, que muchos quisieran
Echarle del calendario.
Yo, en este mes, como soy
Tan cumplido y tan exacto,
He dispuesto remitiros
Las pascuas y el aguinaldo.
Ello es verdad que parece
Muy extravagante y raro
Que el pobre regale al rico
Y al provincial el donado;

Pero al fin, si yo nací
De humor generoso y franco,
¿Quién me ha de quitar que tenga
El alma de un Alejandro?
Y no hay remedio, os prometo
Que me he portar con garbo;
Que cuando dan los poetas,
Dios nos tenga de su mano,
Tal vez para su traer
No suelen tener un cuarto;
Pero para regalar
El mundo les viene escaso.
Y no esperéis que os envíe
Rico café veneciano,
Salchichones boloñeses,
Ni vino de Chipre en frascos,
Miel de Calabria exquisita
De Génova dulces varios,
Lenguas de Lodi excelentes,
Bien que no las he probado,
Enormes quesos de Parma,
Que dicen que son muy caros,
Macarrones, tallarines,
Pasteles napolitanos;
No, señor, porque esto al fin
En las tiendas lo encontramos,
Y si tuviese dinero,
Fácil me fuera comprarlo.
La gracia está en invocar
Á Apolo, mi primo hermano,
Y hacerle venir de un brinco
Desde el Olimpo á mi cuarto;
Y en vez de tanta morcilla,

Y de tanta grasa y tantos
Dulces, que sólo producen
Indigestiones y hartazgos;
Si queréis cosas gustosas
Que no os pueden hacer daño,
Y en su vida las han visto
Los arrieros maragatos;
Ahí está el fénix de Arabia,
Que es un manjar delicado,
Y los pavones soberbios
Que tiran de Juno el carro;
Las palomitas de Venus,
Piscis, Capricornio, y Tauro,
Que pace estrellas, según
Dice un autor castellano :
Las sirenas las pondremos
En escabeche con caldo,
Que en quitándolas las colas
Son estupendo regalo;
Los tritones, las harpías,
Hipógrifos y centauros,
Unos en jigote, y otros
Fritos, y otros empanados;
Y en cuanto á vinos... El vino
Primeramente es muy malo,
Da cólera y convulsiones,
Y hace en la cabeza estragos :
El agua es mejor; y el agua
Que se baja despeñando
De la fuente Cabalina
Por las faldas del Parnaso,
Vale más que los licores
De Marsella celebrados,

Rescoldo líquido ardiente,
Veneno sabroso y caro.
Pero si á fin de comida
Gustáis de beber un trago,
Yo os daré el néctar que sirve
Á Jove el garzón troyano,
Este presente, capaz
De templar el ceño airado
De un vista, de un relator,
De un virrey americano,
Sólo para vos le tengo
Prevenido, y arreglado;
Buen apetito, y picar
De todo, y muérase el diablo.
Si ha de ir por tierra, Plutón,
Cibeles, Ceres y Baco
Me prestarán á porfía,
Cuando los quiera, sus carros.
Si ha de ir por el mar, Neptuno,
Tetis, Anfítrite y Glauco
De Génova á Barcelona
Llegan en dos latigazos.
Y si queréis que se lleve
Por el aire, y evitamos
Registro de los ingleses,
Que en todo meten el gancho,
Júpiter, Apolo y Venus
Os le llevarán volando;
Y á fe que en las aduanas
No visitarán el cargo.
Éste, en lugar de cubrirle
De pañuelos valencianos
Ó de conclusiones llenas

De inepcias y mamarrachos,
Le cubriremos de versos,
Puesto que siendo el regalo
Fruta del Pindo, ¿quién pone
El envoltorio prosaico?
Versos irán, que las musas,
Siendo para vos el canto,
Con su inspiración divina
Agitan mi numen tardo.
Y véis aquí como quedo
Lucido y desempeñado,
Y el mucho favor que os debo
Á costa de Ovidio os pago.

VI

MÁS VALE CALLAR

¿Qué será que habiendo sido
La musa que tanto honráis,
En obedeceros pronta
Con sumisa voluntad,
Hoy tan perezosa esté,
Que no me quiere inspirar
Los versos que me pedís,
Si cuando pedís mandáis?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
Ó acabaron los calores,
Con su vena perenal?
¿Ó fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?

Y en tanto, á mí se me acusa
De indolente y holgazán,
Ella se abanica y ríe,
Yo me apuro, y vos instáis?
¿Qué la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Sátiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia da?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locuras hay?
Si la mandaran fingir,
Y con astucia falaz
Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar,
Yo el primero disculpara
Su silencio pertinaz:
Que es mejor, cuando el asunto
Obliga á mentir, callar.
Pero si queréis que sólo
Dicte sátira mordaz,
¿No es decirla claramente,
Musa, dinos la verdad?
Pues ¿por qué de la ocasión
No se debe aprovechar,
Y dar una felpa á tanto
Literato charlatán,
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos da en menudos las ciencias,
Que no supieron jamás;
Tanto insípido hablador,

Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desván,
Disertadores eternos
De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden á los demás?
¿Y por qué tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi Musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan á escribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fué la que un día
Dió lección tan magistral
(Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad),
Que á todo autorcillo astroso
Llenó de terrible afán,
Creyendo cercano el punto
De su exterminio final?
¡Oh estúpidos! escribid,
Imprimid, representad,
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará
Y mientras al rudo vulgo
Embobéis y corrompáis
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,
Ni faltará quien os dé
Para vestir y mascar,

Ni habrá un cristiano que os diga:
Vencejos, no chilléis más.
Seguid, y lluevan abates,
Moros, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos
Con su rabillo detrás.
Y si el público se hastía
De ver tanta necedad,
Váyase á dormir tres horas
Á los Caños del Peral.
Pero, señor, si la Musa
Se llega á determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos da,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar
Del siempre festivo Horacio
Ó el cáustico Juvenal,
¿No será de tanto monstruo
Las cóleras provocar,
Y exponer á mil estragos
Su decoro virginal?
¿No véis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas
Atrincheradas están?
No, señor; pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre Musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandéis que de tanto
Necio se burle jamás,
Ni les riña en castellano,

Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal,
Y entre los tontos padece
Martirio la ingenuidad.

VII

Á GERONCIO

Cosas pretenden de mí,
Bien opuestas en verdad,
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor : « Señor mio,
Si usted ha de pelechar,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal;
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está :
Pues ¿qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestión;
Si ayuna, crece su mal;
Á la obstrucción sigue el flato,
Y al tiritón el sudar,
Vida nueva, que si en ésta
Dura dos meses no más,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamás.
Miedos y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital;

Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detrás.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal,
Ni espere á que le derrita
El ardor canicular.
La distracción, la alegría
Rústica le curarán;
Mucho burro, muchos baños
Y mucho no trabajar. »
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular.
Dicen : « ¡Oh, si Moratín
No fuese tan haragán;
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
Él ha sabido adquirir
La estimación general;
Aplauso y envidia excita
Cuanto llega á publicar;
Le murmuran, pero nadie
Camina por donde él va;
Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no más,
¿La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso

Compilador ganapán,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego á real?
¿Tanto hablador, que á su arbitrio
Méritos rebaja y da,
Tiranizando las tiendas
De Pérez y Mayoral?
No, señor, quien ha tenido
La culpa de este desmán,
Si escuchara un buen consejo,
Lo pudiera remediar,
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguán,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar,
Y allí, con ración escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada día
Lo que fuera regular.
¿Emporcaste un pliego? Lindo;
Almuerza y vuelve al telar;
Come si llenaste cuatro;
Cena si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si está corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *Drama sentimental.*
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo le dan,
Por cada *Pequeña pieza*
Un *Vale dinero,* y más.
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar

De los cómicos hambrientos
El exprimido caudal. »
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad),
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas más allá,
Don Mauricio, don Senén,
Don Cristóbal, don Beltrán
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder más,
Dicen : « Moratín cayó,
Bien le pueden olear,
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Barón* no vale nada;
No hay enredo allí ni sal,
Ni caracteres ni versos,
Ni lenguaje, ni... — Es verdad,
Dice don Tiburcio; ayer
Me aseguró don Cleofás,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traducción muy mal hecha
De un drama antiguo alemán...
— Sí, traducción, traducción,
Chillan todos á la par,
Traducción... Pues él ¿por dónde
Ha de saber inventar?
No, señor, es traducción;

Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamás,
Si nunca nos ha traído
Sus piezas á examinar;
¿Qué ha de saber? — ¡Pobre diablo!
Exclama don Bonifaz :
Si yo quisiera decir
Lo que... pero bueno está.
— ¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya.
Díganos usted. — No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible; soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia, süaves
Vínculos de afecto y paz;
Todo almíbares, y todo
Deliquios de amor social;
Pero es cierto que... Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contara... — Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá :
Diga usted. — Pues bien; el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne,
Ni es autor ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear;
Imprime lo que no es suyo
Todo es hurtado, y... ¿qué más?

Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aquí de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar...
Digo, ¿me explico? — En efecto,
Grita la turba mordaz,
Son del fraile. Ratería,
Hurto, robo, claro está. »
Geroncio, mira si puede
Haber confusión igual.
Ni sé qué hacer ni confío
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me da,
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios más.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *cristus, a*;
Componer obras que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazón,
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí;
Tú, Geroncio, tú me da
Consejo ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto

Sin hacer nada jamás?
Tú, maldito de las Musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar,
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas,
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Dime si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una lección siquiera
De impostor y charlatán,
Y veras cómo al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí
Para lucir y medrar.

VIII

JUICIO DEL AÑO DE 1813

Ya llegó el año de trece
Por su paso natural;
Y el de doce, Dios lo guíe,
Hacia la historia se va.
Costumbre ha sido poner
Por cabeza de almanak
Lo que muchos llaman juicio
Y yo llamo necedad,

Prólogo de lo futuro,
Juego de pronosticar,
Anticipada gaceta
De lo que sucederá
Y ¿qué sucede? Lo mismo,
Poco menos, poco más,
Que ya se ha visto en el mundo
Desde los años de Adán.
Dócil la naturaleza
En su movimiento igual,
Cumple del Numen eterno
La constante voluntad.
Nada es nuevo á quien medita
Lo que va quedando atrás
Lo que ha pasado es imagen
De lo que debe pasar.
Pero es tan desatinada
La humana curiosidad,
Que, olvidando lo que fué,
Pregunta lo que será
Y ¿en qué libro encontraremos
El método singular
De conocer los sucesos
Que tan callados están?
El sumario de Cortés
Poquísima luz nos da,
En Salamanca se ignora,
En Londres no saben más.
¡Oh tiempo feliz aquel
De inepta credulidad,
Tan fecundo en maravillas
Que no conocemos ya!
Uno buscaba entre chispas

La piedra filosofal,
Suplemento de las minas
De Golconda y del Catay.
  Otro, rebosando azumbres,
Daba salud á un lugar;
Y á repiques apagaba
Centellas un sacristán.
  Las viejas, entre tinieblas,
Con untura general,
Embrujaban el ambiente
De Rusafa y Campanar.
  Este atisbaba tesoros
La víspera de San Juan;
Y aquél, á puro exorcismo,
No dejaba diablo en paz.
  Los difuntos empleaban
Las noches en pasear
Con llamas y cadenitas
Y estribillo de ¡ay! ¡ay! ¡ay!
  Los magos, quemando azufre,
Llamaban á Satanás,
Y él obediente acudía
Como un donado á un guardián.
  Los duendes en la cocina,
En la alcoba, en el portal,
En el terrado, en la cueva,
En lo obscuro del desván,
  No dejaban escribir,
Barrer, coser ni guisar,
Ni quedaba trasto á vida
En toda la vecindad.
  Pasó aquel tiempo, y con él
La ciencia de adivinar;

Los profetas se acabaron
Para no volver jamás.
  Pérdida que solamente
La pudiera reparar
Nuestro juicio, porque el año
Sin juicio se quedará.
Dejemos los otros mundos
En el espacio en que están;
Giren como Dios lo quiso,
Brillen, si deben brillar.
  Y en esta pequeña bola
Llena de ignorancia y mal,
Posada incómoda y triste
Que debemos habitar,
  Tratemos de ser felices,
Pues la prudencia nos da
El secreto de sufrir
Y los medios de gozar.

IX

EL COCHE EN VENTA

  Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Más ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amén)
Sus dos candongas

Y su cupé.
Esta mañana
Salí á las diez
Á ver á Clori
(No lo acerté);
Horas menguadas
Debe de haber.
Íbame á prisa
Hacía la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somatén,
Y las mentiras
De tres en tres.
« Y no hay remedio,
Ello ha de ser;
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde,
Parece inglés;
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra más cuca
No la veréis.

Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
Á un chalán cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas;
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Conque Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa;
Yo os dejaré
Las señas... Pero...
¿Tenéis papel?
— No tengo nada,
Ni es menester;
Dejadme vivo,
Sayón cruel,
Si ya os he dicho
Que no gastéis
Saliva y tiempo;

Si no ha de ser;
Si por no hallaros
Segunda vez,
Sólo, sin capa,
Me fuera á pie
Hasta la turca
Jerusalén. »
¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.
Quise cansarle,
Me equivoqué;
Sigo mi trote,
Sigue también,
Suelto de lengua.
Ágil de pies,
Siempre á la oreja
Como un lebrel.
Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos...
Voy á torcer
Por la bajada
De San Ginés,
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.

Él, por seguirme,
Dió tal vaivén
Á un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rabia fué,
Tal cachetina,
Siguió después,
Que malferido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me le dejé.

X

LA TOMA DE GRANADA

por los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

Cesse tuto o que a Musa antiga canta,
Que nutro valor mais alto se levanta.
Comoens, «Lusiadas», canto I.

ROMANCE ENDECASÍLABO

Era la noche, y el común sosiego,
Por las opacas sombras se extendía,
Y en medroso silencio los mortales
Con el sueño olvidaban las fatigas.
En la hermosa ciudad que Genil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envía,
Yace soberbio alcázar, cuya cumbre

Del aire ocupa la región vacía;
Palacio un tiempo del monarca moro,
Que el regio trono granadino pisa.
  Esto, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,
Tranquilo ocupa de su alcázar regio
Oculta estancia en que el primor lucía.
  Alta cornisa del metal precioso
Que el claro Tajo en sus arenas cría,
Robustas cimbrias y estucados techos,
Follajes varios y labores ricas.
  Por el salón á trechos se miraban
Mudas historias que el pincel dió vida,
Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.
  En pedestales del mosaico estilo,
Que adornó singular mazonería,
Formó diestro cincel del bando moro
Los reyes, capitanes y califas.
  De Osmán y Alí, terror del Oriente,
El mármol muestra la presencia misma
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,
Y el gran conquistador de Palestina.
  Sobre los otros elevado estaba,
Con regio ornato y majestad debida,
El mentido profeta, á quien Arabia,
Ciega, venera y en su fe confía.
  Este miraba el rey, cuando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendía
Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estatua muda y fría.
  Tiembla, y al verla con airados ojos,
Ni á hablar acierta, ni callar podía;

Tres veces quiso huir de su presencia,
Tres veces lo estorbó fuerza divina.
« ¿Dónde vas, dijo : ¿dónde, desgraciado
Monarca, evitarás la saña mía,
Huyendo del que nunca desampara
Á los creyentes que en su amor se fían?
Detente, y en el lecho, á quien adornan
Ricas alhombras, turcas alcatifas,
Reposa, y con el ocio entorpecido
Las aflicciones de tu reino olvida.
¿Qué importa que al furor del nazareno
Destrozadas se miren tus provincias,
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,
Y la ciudad en bandos dividida?
Mientras Fernando tus castillos toma,
Las vegas tala, arrasa las campiñas,
Gustosos juegan Mazas y Gomeles
En Bibarrambla cañas y sortija.
¿No bastan tantos golpes desgraciados,
Tantas ciudades presas y vencidas,
Tantos fuertes ejércitos deshechos
Al furor de las huestes enemigas?
El que tuvo valor para oponerse
En Lucena á sus gentes atrevidas,
Haciendo ver cuánto á Castilla cuesta
Humillar la potencia granadina,
¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre
De la cadena que arrastró algún día,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?
Si la fuerza y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,

Negar los pactos y la fe rompida?
  Borra, borra el baldón de haber firmado
Las paces que detesto, envilecidas;
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.
  De tu resolución el universo
Está pendiente, y en tu ardor confía;
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes, se arruïna.
  Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)
Cual rápido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,
  Así, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia;
El gran sepulcro librará de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mía.
  Méjico la opulenta, recelando
Su estrago, al cielo súplicas envía :
Y el Cuzco teme que, cruzando el golfo,
Pase tal vez á encadenar sus Incas.
  ¿Y tú darás lugar para que logre
Los triunfos que soberbio premedita,
Viendo las barras de Aragón triunfantes
En los blancos pendones de Castilla?
  Cuando medroso en tu ciudad te encierras,
Temiendo el golpe de su diestra invicta,
El atrevido, á vista de tus muros,
Otra ciudad levanta. ¡Qué ignominia!
  Ya los Abencerrajes, que otro tiempo
En bandos á la corte dividían,
No existen, ni tu padre te da enojos,
Ni arma Muley traiciones á tu vida.

Persigue al que sacrílego persigue
La verdadera ley, santa y divina;
Nada receles, la victoria es tuya,
Que el profeta de Dios te alumbra y guía.
Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones
La espalda vuelva en la marcial porfía,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas;
Y pasando del Tajo la corriente,
En la corte imperial fijes tu silla,
Después de haber deshecho en las Asturias
La turba de sus gentes fugitiva.
Un nuevo Abderramán y un nuevo Muza
Vendrá, que fiero su altivez oprima,
Y otro Almanzor del templo de Santiago
Renovará el incendio y la ruina,
La mezquita famosa toledana
Mi indignacion reducirá en cenizas,
Y en la noble imperial Cesaraugusta
La imagen venerada de María.
El Corán se verá reverenciado
Y la ley sacrosanta que predica,
Desde Gijón á la distante Goa,
Y de la Zeca á la feliz Medina.
Esto será; que así te lo promete
El que pisa del sol la lumbre viva,
Á quien los querubines acompañan
Y las dominaciones se le humillan;
Que ocupando ante Dios glorioso asiento,
Los claros astros á su planta mira,
Y adornando la luna su turbante,
Los luceros se apagan á su vista. »
Dijo; y al ir el rey á responderle,

Veloz de entre sus brazos se retira,
Y á ocupar vuelve la animada estatua
El pedestal robusto que oprimía.
  Mientras en Santa Fe mira Fernando,
Vistoso alarde haciendo su milicia,
Al son de los clarines y atambores,
Los caballos marchar é infantería,
  Cuando del claro sol lucientes rayos
Á los objetos su color volvían,
Dorando en los soberbios pabellones
Las banderas que el céfiro movía,
  Bajo un rico dosel con perlas y oro,
Que del Oriente empobreció las minas,
Fernando é Isabel el trono ocupan,
Alto campeón, castísima heroína,
  En tanto que en el templo de la Fama,
Venciendo á las edades fugitivas,
Vuestros nombres en mármoles escritos
Causen al orbe admiración y envidia,
  Yo haré, á pesar del tiempo y del olvido,
Que su trompa sonante los repita,
Y vuestras merecidas alabanzas
Las hijas de Memnósine divinas.
  Muéstranse alrededor del alto asiento
Los príncipes y grandes de Castilla,
Los Ponces de León y los Mendozas,
Portocarreros, Laras y Mejías;
  El que de Alhama el defendido muro
Guardó, á pesar de la morisma impía,
Y con débil defensa reparado,
Burló su muchedumbre descreída.
  Pacheco y el Guzmán van á sus lados,
Que dos robustos potros oprimían,

Mostrando el noble varonil semblante
Alzada la luciente sobrevista.
Del joven de Alba la tristeza muestran
Las pavonadas armas que vestía :
Negro el plumaje sobre el alto almete,
Peto y escudo, cinturón y hebillas.
El que escalando de Guadix el muro
Horror y asombro fué de la morisma,
Y el que llegando hasta Granada, puso
El *Ave* de Gabriel en su mezquita.
Cárdenas y Alburquerque, y el famoso
Córdoba, lustre de la patria mía,
Terror del moro, de la Italia espanto,
Estrago de las gentes enemigas;
Luján se ofrece á la dudosa empresa
Con doscientos jinetes que acaudilla,
Que el Manzanares entre musgo y alga
Miró nacer en la feliz orilla.
¡Oh patrio suelo !, si al acento mío
Prestar Apolo quiere melodía,
Y se digna tal vez al rudo canto
Dar nuevo ardor, dulcísona armonía,
Yo sabré levantar el nombre tuyo
Á la esfera que Venus ilumina,
Ensalzando mi voz no disonante
Tus blasones y glorias inauditas;
Pues para trono del mayor monarca
La suma Omnipotencia te destina,
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio
Á Etón fogoso y Flegón fatiga.
El valiente doncel, que en tiernos años
Venció del moro la arrogancia impía,
Colocando en su escudo por trofeo

El nombre, que ultrajaba, de María,
Del gallardo Aguilar ocupa el lado :
Aguilar, cuya espada vengativa
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,
Librando la inocencia perseguida.
Hacen-Benel Farax Abencerraje
Lucida escuadra de su gente guía
En tordas yeguas que produce el Betis
Y á su veloz corriente desafían.
Blancos bonetes con azules plumas,
En las adargas la común divisa,
Corvos alfanjes, largos alquiceles,
Robusto aspecto, y la color cetrina.
El fuerte capitán, que de Lucena
Defendió la muralla combatida,
Derramando al impulso de su diestra
La sangre del infiel ismaëlita,
Muestra en su escudo entre cadenas preso
Al monarca que audaz le resistía,
Y los nueve estandartes matizados
Con caracteres árabes y cifras.
¡Cuántos esclarecidos capitanes,
Que ganaron victorias inauditas,
Delante de Fernando se presentan!
Cántalos tú, Parnáside divina :
Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,
Por quien se vieron rotas y vencidas
Las escuadras de Agar, que el dogma siguen
Del fementido esposo de Cadiga.
Fernando al verlos : « Claros campeones,
Dice, blasón de la corona mía,
Por cuya diestra las cristianas cruces
Sobre el Alhambra se verán tendidas,

Ya llegó el tiempo en que miréis cercana
De esa ciudad rebelde la ruina,
Y en premio de fatigas tan dichosas
Laurel eterno vuestra frente ciña.
Desde que en Zahara combatiendo el muro
Rompió Muley-Hacén la unión amiga,
Hasta que Boabdelí, preso y rendido,
Firmó la paz, que hoy niega su osadía,
¡Cuántas veces, dudosa la victoria,
Expusisteis por ella hacienda y vida,
Ya combatiendo en Baza las almenas,
Ó en el alto peñón de la Ajarquía!
Málaga os vió con ánimo invencible
Contrastar al feroz Abenconixa;
Y Dordux, recelando el golpe duro,
Os entregó su fuerza destruída,
Muley Abohardil, tirano injusto,
Desamparó á Guadix con Almería,
Y de Huescar á Ronda vuestra espada
Estrago fué y horror de la morisma.
Aún hay más que vencer : á vuestro brío
Es corto triunfo esa ciudad vecina;
Mas es fuerza juzgar su rendimiento
Como principio de mayores dichas.
Desde que Febo, visitando el Toro,
Volvió á los campos la estación florida,
Hasta que en Capricornio retirado
Iluminó desconocido clima,
Sufre Granada el dilatado cerco,
De fuerzas y poder destituída;
Mas, ¡oh cuán presto la hollará mi planta,
Si ayuda vuestro ardor la intención mía!
De hoy más vuelva á sufrir nuevos afanes,

Nuestros jinetes talen sus campiñas,
Y la sangre de Sarra se derrame
En las escaramuzas repetidas;
  Que el cielo, que hasta aquí miró propicio
El éxito feliz de su conquista,
Verá gustoso fenecer el nombre
Del que tanto ofendió su ley divina.
  Dios, sí, Dios mismo, de rigor armado,
Á nuestros brazos servirá de guía,
Porque ganando su sepulcro santo,
Se mira el Asia á nuestro pie cautiva. »
  Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,
Que el nombre de Fernando repetía :
Todos al duro asedio se aperciben,
Acusando las horas de prolijas.
  Suena confuso estrépito; el soldado
Se viste el espaldar y la loriga,
Y al apretar las cinchas el jinete,
El caballo belígero relincha.
  Ya corren por la vega dilatada,
Que el Genil baña con corriente fría :
Los campos queman, roban el ganado,
Huye el pastor á la contraria orilla.
  Tristes gemidos é incesante lloro
En la infeliz ciudad el aire hendían;
El vulgo corre temeroso y ciego,
Deja el muro y ocupa la mezquita.
  Así venciendo Vespasiano y Tito
Los fuertes muros de la sacra Elía,
Ésta lloró su mísera desgracia
Con hambre y fuego y muerte destruída.
  Boabdelí, de valor y fuerzas falto,
Al Albaicín, medroso, se retira;

Dudoso al escuchar consejos varios,
Entre opuestos dictámenes vacila.
Quién le aconseja que la gente anime,
Tienda al aire las árabes insignias,
Salga á campaña, y en batalla dura
Al enemigo intrépido resista.
Quién pretende, primero que rendirse,
Que en llamas arda la ciudad querida,
Dando la vida al tósigo y al hierro,
Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.
Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,
Que el sexto lustro de su edad cumplía,
Árabe en patria, Aldoradín en sangre,
Hijo de Abenhucen y Geloira,
Negra la barba y el color tostado,
Sangrientos ojos de espantable vista,
Robustos miembros, corto de razones,
Diestro en el arco, cimitarra y pica;
« Locura es, dijo, en pareceres varios
Perder el tiempo, que veloz camina,
No habiendo fuerzas, ni ocasión, ni gente
Para librar la patria que peligra.
¿Expondremos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con tesón nuestra ruina?
No, no es justo, ni en este medio sólo
La pública salud se encierra y cifra;
Una astucia rompió de Troya el muro,
No Agamenón, ni Aquiles de Larisa.
Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo
Huya las sombras de la noche fría,
Hacer que el campo del contrario fiero

Con incendio voraz vuele en cenizas.
  La confusión, el sobresalto y miedo,
El sueño, que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felice
La heroica acción, si Boabdelí la anima. »
  « Sí, yo la apruebo », dijo, y de los hombros,
En muestra de su amor, al punto quita
El precioso alquicel, que el moro admite,
Doblando reverente la rodilla.
  Vístese al punto las lucientes armas,
Que el oro y el cincel enriquecían,
En quien mostró su perfección al arte,
Que á Gradivo tal vez dieran envidia,
  En el turbante el acerado casco
Al herirle la luz rayos envía,
Luna pequeña y alfolladas tocas,
Con un penacho verdegay encima.
  El dilatado borceguí guarnecen
Dorados lazos y labores ricas,
Y el alquicel en el siniestro lado
Con plata y borlas resplandece y brilla.
  Del ancho tahalí se ve pendiente
La cimitarra fuerte y damasquina,
Que ciñó al lado Abenhozmín su abuelo,
Cuando á servir á Solimán partía.
  La istríada lanza acomodó en la cuja,
Á cuyo golpe en desigual pelea
Felipe de Aragón perdió la vida.
  Pintó en la adarga de Azamor el moro
Herido un corazón que en fuego ardía,
Y en campo azul alrededor escrito :
Si más pudiera dar, más te daría.
  La rica manga adorna el diestro lado,

Que de aljófar bordó y argentería
Con cifras de su nombre Zelidora,
Que ausente dél en Tremecén vivía.
De un tostado alazán oprime el lomo,
De largas crines y cabeza erguida,
Pecho espacioso y espumante boca
Y dócil á la rienda que le guía.
Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Iliberis antigua;
Sus moros deja atrás y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.
Hórridas sombras, ocupando el suelo,
Al intento mejor favorecían :
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendió la clara linfa.
Cuando al atravesar raudal pequeño,
Que del vecino monte descendía,
Sintió pisadas, y de rato en rato
Templadas armas que al mover crujían.
Refrena el paso el arrogante moro,
El freno y el aliento detenía,
Al ver ya cerca un caballero armado,
Que en lijero tropel tras él venía.
Sale á encontrarle, y previniendo el asta :
« ¿Quién eres?, dijo, ¿dónde te encaminas?
Dí si eres granadino ó castellano,
Y cuál es el intento que te guía.»
« Soy granadino, respondió, y si acaso
De tu amor, y tu sangre no te olvidas,
Tu primo Zulemán es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.
Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma

La dura lanza del Guzmán valiente,
Impío verdugo de agarenas vidas,
  Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blasón de la morisma,
Señor de Alhora, de Cartama alcaide,
Caudillo y alhagib de su milicia.
  Sabes cuánto lloré la injusta muerte,
Sabes cuánto perdió la patria mía,
Y que del homicida la cabeza
Prometí presentar á Belerifa.
  Tres veces ciento alarabes jinetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reales,
La accion acabarán que determinas.
  Contigo vengo á que morir me veas
Á manos del que causa mi desdicha,
Ó á que, logrando la venganza, vuelva
Á consolar la pena que origina. »
  Abrázale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Éste se acerca al campo y pabellones,
Y aquél la retirada prevenía.
  Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabellón aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.
  No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni menos confusión causó el estrago
Que en el campo cristiano se extendía.
  Bajan ardiendo de la excelsa cumbre
Ardientes leños, máquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,

Á quien el Tajo aurífero salpica.
Al fiero impulso de huracán horrendo,
De uno en otro peñón se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.
Salta del lecho intrépido Fernando;
Su presencia á los débiles anima;
Manda al de Cádiz que al encuentro salga,
Por si alguna traición se prevenía.
Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelín prendía,
Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.
Zulemán, que advirtió salir armada
La gente que el de Cádiz acaudilla,
Vuelve la rienda, y hacia el bosque parte
Á prevenirlo al comenzar el día.
El Ponce de León, que desde lejos
Las armas vió reverberar bruñidas,
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte á alcanzarle, y al caballo pica.
Mas viendo la distancia, alta la diestra
Con impulso feliz la lanza tira,
Que por el viento rechinando cruza,
Cual flecha de la cuerda despedida.
Vuelve el moro veloz mirando cerca
El duro hierro que hacia sí venía;
Mas ¿quién pudo borrar de las estrellas
El influjo fatal que le domina?
Quiso evitar el golpe; mas rompiendo
El fresno herrado la coraza fina,
De roja sangre matizó las flores,
Cayó en la yerba la color perdida.

No de otra suerte á su galán Adonis
Miró difunto Venus Ericina,
Cuando en Chipre su muerte lamentaron
De sus bosques las bellas hamadrías.
Cual blanco azahar, ó débil azucena,
Que del tronco apartó mano lasciva,
Que poco á poco la hermosura pierde,
El cuello tuerce, y el frescor marchita;
Así, exhalando el último suspiro,
Los ojos cierra en tristes agonías;
Revuélcase muriendo, y se estremece,
Y el alma baja á la tartárea orilla.
Hamet, que viendo el caso lastimoso,
Batió la espuela y aflojó las bridas,
En venganza y furor y saña ardiendo,
Con ronca voz : « Cristiano, le decía,
Si juzgas que la sangre de mi primo
En tiernos años sin piedad vertida,
Con la tuya, á pesar del universo,
No la podré vengar, mal imaginas. »
Y arremetiendo cual ardiente rayo,
La peligrosa lid acabaría
Si en menos fuerte escudo diera el golpe
Que atronó las cavernas convecinas.
Rota la lanza, con la espada embiste :
Ciego de enojo el moro combatía,
El alquicel arrastra por la arena,
Que el potro al revolver desgarra y pisa.
Cual en el ancho circo matritense
Con medrosa atención la plebe admira
Robusta fiera que bebió el Jarama,
Que el joven andaluz acosa y lidia,
Así, burlando al moro granadino,

El cristiano sus golpes detenía;
Aquél le sigue, y éste levantando
La poderosa espada vengativa,
Tal golpe descargó con brazo fuerte
Sobre las plumas y cimera altiva,
Que juntas se estamparon en la arena
Penacho verdegay, bonete y cintas.
No vuelve más veloz manchada tigre
Al flechazo que el árabe le tira,
Que el moro al golpe, del pavés cubierto,
Alta la diestra, en roja sangre tinta.
Quiso al contrario dividir de un golpe:
Llega, da, hiere; y en la lid reñida
Ninguno de los dos fuertes soldados
Á su enemigo superior se mira.
Mas viendo el Ponce á un lado ya cercana
La mora gente y bárbaras insignias,
Y al otro en las banderas sus leones,
Señales de su tercio conocidas,
De punta á puño le metió la espada,
Que al querer su enemigo resistirla,
Cayó difunto del arzón al suelo,
Abierto el pecho en penetrante herida.
No de otra suerte Encélado arrogante
Del rayo herido de la luz divina,
Precipitandose de monte en monte,
Cayó oprimiendo el suelo que cubría.
Ya de añafiles y atabales roncos
Confuso estruendo militar se oía,
Y en lid sangrienta entrambos escuadrones
Por su ley y su patria combatían.
Rodrigo parte, y en la turba mora
Tal estrago ocasiona su cuchilla,

Cual entre simples tímidas palomas
Garra y pico voraz de águila altiva.
  Los fuertes capitanes granadinos,
Que en la vega mostraron algun día
Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte suya
Su patria opresa y su nación cautiva.
  Unos con otros en atroz desorden
El tremendo combate sostenían,
Causando á un tiempo en una y otra parte
Con igual confusión muertes distintas;
  Mas embistiendo por el diestro lado
Nuevo socorro que Fernando envía,
El Darro en sangre coloró sus aguas,
Marlotas y almayzares revolvía.
  Ya la escuadra de Agar la espalda vuelve
Precipitada con veloz huída,
Dejando el campo de despojos lleno,
Que bárbaros cadáveres cubrían,
  Boabdelí, que advirtió destrozo tanto,
Sus huestes ahuyentadas y vencidas,
El enemigo cerca de los muros,
Y sin defensa la ciudad querida,
  Maldice airado del profeta suyo
Las promesas, que ya fallidas mira,
Viendo á Fernando que triunfante llega,
Y el difícil asalto premedita,
  La cristiana Amazona que le sigue,
Su intento aprueba, y á su gente anima;
Corona el muro desarmada gente,
Y al cielo sube inmensa vocería.
  Suena el clarín belígero, y apenas
Las tropas á embestir se prevenían,
Blanca bandera el Albaicín tremola,

Las puertas abre la ciudad vencida.
  Entre las armas el monarca moro
Busca á Fernando y á sus pies se humilla.
« Cidi, venciste, reverente dice :
Tuyo es mi reino ya; tuya es mi vida. »
  « Alza, le dijo, en mi bondad piadosa
Perdón hallar podrá tu rebeldía :
Vivirás como rey y amigo mío,
Pues supiste aplacar todas mis iras. »
  Marcha á Granada el campo : el bando moro,
Lágrimas derramando de alegría,
El nombre de Isabel y de Fernando
Levanta al cielo en repetidos vivas.
  En pebeteros del oriente humea
Fragante incienso que la Arabia cría;
Cubren las calles y edificios altos
Tapetes persas con alhombras chinas.
  El sucesor invicto de Pelayo
Y la excelsa Matrona de Castilla
Triunfantes entran, la cerviz pisando
Del bárbaro poder y la herejía.
  La Fe y la Religión iban delante,
Que dirigieron la feliz conquista,
Arrollando moriscos estandartes,
Y eclipsando las lunas enemigas...
  Cante otro lo demás, si á objeto tanto
Menos puede bastar que voz divina;
Pues fatigada del asunto heroico,
Enmudece esta vez la trompa mía.

ODAS

I

Á los colegiales de San Clemente de Bolonia.

¿Por qué con falsa risa
Me preguntáis, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿Y, en la duda indecisa,
Citáis para testigos
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente vi?
Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron con doliente ardor;
Parte al afán cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
Á tus victorias, ceguezuelo amor.
¿Véis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe ó debilite el pie?
¿Véis que mi espalda oprima?
¿Ó de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?
Pues si el ardiente brío
Que la edad deteriora

Con su fuga veloz existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y río,
Soy joven fuerte, como joven fuí.
Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud, el corazón;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe :
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razón
Tal vez Febo me envía
Entusiasmo divino,
Que á la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades, que cría
El reno humilde, salen á escuchar.
Seguidme, y al umbroso
Bosque, mansión de Flora,
Que el templo cerca, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.
Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Véis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo, con estos unido,
Presentaré mis dones,
Cuando postradas ante el ara estén.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones...
¡Ay!, que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió también

II

Á la muerte de Carlos III, y advenimiento de Carlos IV al trono.

Robó con dura mano
La parca el alto honor del patrio suelo,
Y su espacio llenó de asombro y pena;
Y al golpe absorta, procurando en vano
Á su aflicción consuelo,
La madre España, con la faz llorosa,
Pálida y triste, la región serena
Y el mar turbó con lúgubre gemido
De el África arenosa
Al cántabro feroz nunca vencido.
Parténope su llanto
Acompañó con ecos funerales,
Que oyó doliente la ciudad de Flora.
Atrás volvió sus ondas con espanto
El Tajo, y los reales
Alcázares huyó de la opulenta
Corte de Luso, y turbulento ahora
Vé, por los anchos términos que baña,
Cuánto, ¡oh muerte violenta!,
Cuánto quitaste á la infeliz España.
Pero el cielo concede
Límite á su dolor, que nunca pudo

Al linaje mortal durar eterno
El lloro ni el placer. Así sucede
Al diciembre desnudo
La estación bella que el abril repite;
Y el valle que cubrió rígido invierno
De nieve y hielos, produciendo flores,
Nuevo placer permite
Á la madre de amor y á los amores.
Huyó, con raudo vuelo,
De Carlos el espíritu dichoso
Adonde se ciñó mejor corona.
Numen es tutelar que desde el cielo
Asiste poderoso
Á la nación. Ni pudo con su vida
Su favor acabar : no la abandona,
Vive á la tierra, y de su imperio justo
La gloria repetida
Verá, reinando el heredero augusto.
Sí : que alumno constante
Del arte de reinar, oyó á su lado
Dictar al mundo las sagradas leyes
Que adora y cumple, y vió por él triunfante
La patria, y humillado
El vicio y el error. Que así se alcanza
Honor digno y sublime entre los reyes.
No hay gloria sin virtud. El abandono,
La impiedad y la venganza,
Tal vez convierten en afrenta el trono.
Tal vez la incorruptible
Posteridad, con brazo prepotente,
Los ídolos trastorna que adoraba
Sacrílego el temor, y aborrecible
Vuela de gente en gente

La memoria de un príncipe tirano.
Irrita al cielo, y su poder se acaba,
No la abominación de sus acciones,
Que vive el inhumano
Para ejemplo y horror de las naciones.
No así tú, que has sabido
Imitar las virtudes gloriosas
De un padre ilustre. ¡Oh, Carlos! ¡Cuánto espera
De ti la patria! ¡Oh!, ¡cuánto ha concedido,
Con manos generosas,
El cielo á tu nación! Ya se engrandece
Por ti, tu nombre aplaude y le venera,
Y alzando los pendones de Castilla,
Hoy el cielo te ofrece
De un mundo y otro, que á tu pie se humilla.
El cetro que heredaste
Le mereces también. La paz festiva
Entre las ciencias y las artes bellas,
Que desde tu niñez remuneraste,
Ciñe de verde oliva
Tu diadema real. Edad dichosa
Darás al mundo, si prosperan ellas:
Que la ignorancia, torpe en vituperio
Y ruina lastimosa
Muda la pompa del mayor imperio.
No, no acerquéis la planta
Al solio de mi rey, abominados
Monstruos que el vicio de la corte cría:
Calumnia atroz que la inocencia santa
Pisas, y á los malvados,
Indignos de vivir, de honores llenas;
Fanatismo cruel, licencia impía;
Y tú, nacida para oprobio eterno

Del orbe que envenenas,
Pérfida adulación, huye al averno.
Huye, que la justicia,
La prudencia, el valor, apoyo ofrecen
Y larga duración al cetro hispano.
Ya del nuevo esplendor fueron primicia
Acciones que merecen
Alabanza inmortal; y... ¡oh!, nunca osada
La discordia, vertiendo de su mano
Escándalos, horror, luto á la tierra,
De víboras crinada,
Las puertas rompa al templo de la guerra.
Que el estruendo espantoso
De Mavorte, y las trágicas victorias
En los excesos del furor violentos
Gratos no son á un ánimo piadoso.
Á más ilustres glorias
Aspira, ¡oh, Carlos! Mas si acaso intentan,
Violando los sagrados juramentos,
Enemigas potencias ofenderte,
Fulmina el rayo, y sientan
Juntos amago y golpe, y ruina y muerte.
Que así verás temido
Tu nombre excelso. La malicia humana
Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que después benéfico te vea,
Cuando á tu reino dieres
El áureo siglo de Saturno y Rea.
¡Oh, cuánto el dios de Cinto

Me inspira! ¡Oh, cuánto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
Á mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo y arquitrabes de oro,
Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso
Que el cóncavo sonoro
Vuelve, temblando el edificio inmenso.
Allí tu nombre suena,
Allí, abultada en mármoles, se ofrece
La serie de los ínclitos varones
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbón, las quinas santas,
El águila imperial y tus leones;
Y viendo allí entre todas eminente
Tu imagen, á sus plantas
Me postro humilde, en pasmo reverente.
Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Erídano sonante
Á ser delicias de tu dulce España,
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
¡Oh! ¡cómo la bondad en su semblante
Muestra y el claro ingenio peregrino,
Blasón de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!
Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:
Fernando, en cuya vida el cielo emplea

Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros días
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos... ¡Oh, Dios omnipotente,
Que tantas alegrías
Permites hoy á la española gente!
¡Oh, señor!, si á tu oído
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras á la nación que fiel te adora,
Carlos viva feliz, y su extendido
Imperio haga dichoso
Émulo de tal padre y tal maestro.
Viva de tanto bien merecedora
La Augusta, y aplaudir su nombre vea,
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz febea.
Mas ya el rumor se extiende,
Y el júbilo común por todas partes
El suspirado instante nos avisa;
El son de Marte las esferas hiende:
Á Carlos y Luisa
Madrid aclama, tremolando al viento
Por su nuevo señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarín canoro,
Con presto movimiento,
La Fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente, y de laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores.
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡oh tiempo raudo! en tu furor respetas,

Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,
Nunca más venturoso
Objeto tuvo el verso ni la historia.
¡ Oh, si mi voz pudiera
Al asunto bastar ! ¡ Oh, si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo !
Yo, al son del plectro, conmover hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido,
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaría,
Y el sármata aterido,
Y el númida feroz, me escucharía.
Mas no, mi dulce musa,
No te enajene el atrevido intento;
Que no es dado á la ronca humilde lira,
Entre el aplauso popular confusa,
Alzar al firmamento,
Con digno estilo y elocuente pompa,
Los semidioses que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heroica Clío
Suene á su voz la trompa,
Que no es tan grande atrevimiento el mío.

III

Á Nisida.

¿Ves cuán acelerados,
Nisida, corren á su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando joven reías,
Ves que no vuelven, y en amar porfías?
Huyó la delicada

Tez y el color purísimo de rosa;
La voz y la preciada
Melena de oro undoso :
Todo la edad se lo llevó envidiosa.
¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver á tus pies un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?
En vano es el adorno
Artificioso, y la oriental riqueza
Que repartida en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.
Ni digas indignada
Que es indomable corazón el mío
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frío
Del ruego que me causa me desvío.
Que Cupidillo ciego,
Hijo de Venus, fiero me encadena :
Isaura, con el fuego
De su vista, serena,
Todo me abrasa en agradable pena.
Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magón abierto á España.
Amor las cuerdas de oro
Me dió, y el plectro, porque cante en ellas,
Á la que firme adoro,
Dulcísimas querellas,

Su espíritu gentil, sus formas bellas.
¡Qué amable, si el oído
Presta suspensa á mi pasión doliente!
¡Ó el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!
¡Ay! si benigno un día
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mía
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

IV

Á la Virgen Nuestra Señora, con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara (estado veneciano), el año de 1795.

Ya los felices campos que corona
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo, Lendinara humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna doncella, á cuya planta
Yace el dragón temido.
Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.
Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen : dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto Numen adoran.
Madre piadosa, que el lamento humano

Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando el castigo se levanta y tiembla
De su amago el Olimpo;
Ella su pueblo cariñosa guarda :
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos
Los elementos ceden.
Basta su voz á conturbar los senos
Donde cercado de tiniebla eterna
Reina el tirano aborrecido, origen
De la primera culpa.
Basta su voz á serenar, del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes
Donde retumba el trueno.
Ó ya la tierra con rumor confuso
Suene, y el fuego que su centro oculta
Haga los montes vacilar, cayendo
Los alcázares altos;
Ó ya, sus alas sacudiendo negras,
El austro venenoso esparza,
Y á las naciones populosas lleve
Desolación horrible;
Ella invocada, de el sublime asiento
Desde donde á sus pies ve las estrellas.
Quietud impone al mundo, y los estragos
Cesan, y huye la muerte.
¡Oh!, celebradla; y el dichoso día,
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fe, de gratitud ejemplo sea
Á los futuros siglos.
Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante,

Ella comprende, aunque de voz carezca,
El idioma del alma.
Sí : tú me inspiras, y en amor divino
Arda por ti mi corazón, y anhele
Sólo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran :
Que nada estorba para serte grato,
Virgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre,
Si religión le dicta.
En él te invoca de esperanza llena
Mi madre España, que, á tu culto santo,
Hasta el vencido antípoda remoto
Aras dedica y templos.

V

Á la memoria de don Nicolás Fernández de Moratín.

Flumisbo, el celebrado
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fué de Dorisa el nombre,
Ya las sombras habita
De los elisios bosques :
Llora, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.
Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone
La rica vestidura
Desceñida sin orden,
Erato, que suave
Le colmó de favores
Sobre la tumba fría

Hoy se reclina inmóvil.
  Del seno de su madre,
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.
  Deshecho el arco inútil,
La venda airada rompe :
Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.
  Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, hiedra y flores,
  Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.
  Ninfas, la queja es vana,
Si dió la parca el golpe :
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.
  Alzad un monumento
Con mirtos de Dïone,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones,
  Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la cítara dulce
Del teyo Acreonte,
  Las coronas de Clío,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Venus
El obelisco adornen.

Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si da lugar el llanto
Á números acordes,
De la región que tiene
Por su cénit al norte,
Á la que esterilizan
Rayos abrasadores,
Flumisbo en la memoria
Durará de los hombres,
Sin que fugaz el tiempo
Su duración estorbe.
Id en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
Adonde lento mi patrio río
Ve los alcázares de Mantua excelsa.
Id, y al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro á las musas.
Para mí siempre numen benévolo,
Id, rudos versos, y veneradle,
Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,
Ó en larga ausencia viva remoto,
Olvida méritos suyos Marco.
No, que mil veces su nombre presta
Voz á mi cítara, materia al verso,
Y al numen tímido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
Toda enmudece la selva umbría,
Por donde el Tajo plácidas ondas
Vierte, del árbol sacro, á Minerva,
La sien ceñida, flores y pámpanos.
Tal vez sus ninfas, girando en torno,

Sonora esperma cándida rompen,
Del cuello apartan las hebras húmidas,
Y el pecho alzando de formas bellas,
Conmigo al ínclito varón aplauden,
Dando á los aires coros alegres,
Que el eco en grutas repite cóncavas.

VI

Al nuevo plantío que mandó hacer en la Alameda de Valencia el mariscal Suchet, año de 1812.

Ya la feliz ribera
Del edetano río
Á gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.
¡Oh!, ¡prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.
Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansión del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,

En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.
¿Quién de sus flechas pudo
El pecho defender? Aquí el gemido
Del amador escuchará la hermosa,
El corazón herido,
Y el labio honesto á la respuesta mudo.
Aquí de su celosa
Pasión las iras breves
(Que breves han de ser de amor las iras),
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto, el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebata
El curso de las horas fugitivo.
Y tú, que viste de tu fértil suelo
Alzarse inútil muro,
Abatir la segur antiguos troncos,
De tu corva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronces de Mavorte roncos,
Envuelta en humo oscuro
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh, padre Turia!, si difunde el cielo
Sobre tus campos su favor divino,
De guirnaldas ornándote la frente,
Corre soberbio al mar. En raudo vuelo
Dilatará la fama

El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu región decoro
Y de apolínea rama
Ciñe el bastón y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto,
Que en paz te guarda, amenazando guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

VII

Á Rosinda, histrionisa

Cupido no permite
Que mi canto celebre
Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.
Él me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.
Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves
Esos ojos, incendio
De los dioses celestes,
Premio darás que baste
Á que mi voz se aliente,
Y á que sólo en tu aplauso
Mi cítara se temple.
No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolación y muertes.
¿Qué mucho que á tu vista

Rendido se confiese
El corazón, que en vano
Su libertad defiende?
  Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el callado vulgo,
Que de tus labios pende,
  Con mágico embeleso,
El ánimo más fuerte,
Ó en tu placer se goza
Ó en tu dolor padece,
  Y la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres :
  ¡ Qué honesta, si declaras
La pasión que te vence,
Ó imaginados celos
Tu risa desvanece !
  ¡ Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes !
  La multitud escucha,
Y, absorta, duda y teme :
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.
  Mas en el drama triste
Que dictó Melpómene,
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.
  ¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?

¿Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?
  Si alguno dudar quiso,
Cuánta ilusión adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,
  Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tu pies humillado
Te dirá lo que pueden.
  Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dáis á la sien corona
De hiedras y laureles,
  Si dirigís el paso
Á la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;
  Si el numen vuestros aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria célebre,
  Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.
  Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Betis
En Híspalis soberbio
Baña su campo fértil,
  Presta su voz, y anima,
Los mudos caracteres,
Y lo que el arte inspira

En viva acción lo vuelve,
  Veréis cómo por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama, poetas,
Os aclama celestes.
  Feliz la suerte mía,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen,
  Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente :
Ni galardón más alto
¿Quién pudo merecerle?
  Pero el vendado niño,
Que tirano me vence,
Me permite que sólo
La adore reverente.
  ¡Oh, amor! libra mi pecho
Del afán que padece;
Ni contra mí tus viras
Voladoras aprestes.
  Basta que en ella admire
Las dotes excelentes
Con que á la patria escena
Sublima y enriquece,
  Sin que la suma larga
De sus triunfos aumente,
Sin que á sus ojos muera,
Sin que muriendo pene.
  Que si de sus hechizos
Libertarme pudieres,
Y el tiro que destinas
Al flechero le vuelves,

Por mí sus alabanzas
Serán cantadas siempre
En acentos süaves
De cítara doliente.
Y cisnes más sonoros
Ensalcen y celebren
Los héroes que la fama
Coronó de laureles.

VIII

En nombre de unas niñas, á los días de la duquesa de Vervick y Alba.

Admite benigna,
Duquesa excelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo;
Su amor y su celo
No vanos serán.
La voz inocente
Al Numen agrada,
Que vuela inspirada
De puro candor.
¡Oh! llegue á su oído
La súplica nuestra;
Prodigue su diestra
En ti su favor.
Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo crüel.

Cual árbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
  Las flores en él.
Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel afortunado
  Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria;
Fatigue á la historia
  Mil años y mil.
Cercada te mires
De prole fecunda;
En ella se funda
  La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
  Virtud y valor.
Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los cielos
  Honor inmortal.
Conceden que al mundo,
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
  Le adquieran igual.
Por ellos un día
Intrépida España
Sabrá en la campaña
  Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,

Cruzando pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

IX

Los días.

¡No es completa desgracia
Que, por ser hoy mis días,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!
Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.
Pero ¡qué!... No la cierres;
Si es menester abrirla;
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.
El coche que ha parado,
Según lo que rechina,
Es el de don Venancio,
¡Famoso petardista!
¡Oh!, ya está aquí don Lucas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro, el abate,
Opositor á mitras.
Don Jenaro, don Zoilo,
Y doña Basilisa,
Con una lechigada
De niños y de niñas.
¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!

Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.
  Ya todas se preparan
(Y no bastan las sillas)
Á engullirme bizcochos,
Y dulces y bebida.
  Llénanse de mujeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.
  Ellas, haciendo dengues,
Allí y aquí pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.
  Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.
  Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan,
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?
  ¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se explica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?
  Y en tanto, los chiquillos,
Canalla descreída,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.
  El uno acosa al gato
Debajo de las sillas;
El otro se echa á cuestas

Un canjilón de almíbar;
  Y al otro, que jugaba
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.
  Ya mi bastón les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.
  Mis libros no parecen ;
Que todos me los pillan.
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.
  ¡Demonios! Yo, que paso
La solitaria vida
En virginal ayuno
Abstinente eremita;
  Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,
  ¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.
  Váyanse enhoramala;
Salgan todos aprisa,
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.
  Gracias por el obsequio
Y la cordial visita;
Gracias, pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venían,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la Villa.

X

Á la marquesa de Villafranca, con motivo de la muerte de su hijo el conde de Niebla.

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélago sonante
Bóreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los montes de Pirene helados.
Á los acerbos días
Otros siguen de paz : la luz de Apolo
Cede á las sombras frías,
Al mal sucede el bien; y en esto sólo
Los aciertos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna,
Que en orden admirable
Todo lo muda y todo lo gobierna.
Y tú, rendida á la aflicción y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Víctima, por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frío.
Esa vida fugaz no toda es tuya;

Es de un esposo, que el afán que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza;
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.
Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta.
La indócil fantasía
Te muestra al hijo tierno,
Como á tu lado le admiraste un día,
Sensible á la amistad y al heredado
Honor; modesto en su moral austera;
Al ruego de los míseros piadoso;
De obediencia filial, de amor fraterno,
De virtud verdadera
Ejemplo no común. Negó al reposo
Las fugitivas horas,
Y al estudio las dió; sufrió constante
Las iras de la suerte,
Cuando no usada á tolerar cadena,
La patria alzó sus cruces vencedoras.
¡Oh! si en edad más fuerte
Se hubiese visto, y del arnés armado
En la sangrienta arena;
¡Oh! cómo hubiera dado
Castigo á la soberbia confianza
Del invasor injusto,
Á su nación laureles,
Gloria á su estirpe, y á su vez venganza.
Tanto anunciaba el ánimo robusto

Con que en el lecho de dolor postrado
Le viste padecer ansias crueles;
Cuando inútil el arte
Cedió y confuso, y le cubrió funesta
Sombra de muerte en torno. El arco duro
Armó la inexorable, al tiro presta,
Y por el viento resonando, parte
La nunca incierta vira.
Él, de valor, de alta esperanza lleno,
Preciando en nada el mundo que abandona,
Reclinado en el seno
De la inefable religión, espira.
Ya no es mortal; entre los suyos vive;
Espléndida corona
Le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
Ante el solio del Padre omnipotente,
De espíritus angélicos cercado,
Que difunden fragancias y armonía
Por el inmenso Olimpo luminoso.
Debajo de sus pies parece oscuro
El gran planeta que preside al día.
Ve el giro dilatado
Que dan los orbes por el éter puro,
En rápidos ó tardos movimientos;
Verá los siglos sucederse lentos;
Y él, en quietud segura,
Gozará venturoso
Del sumo bien que para siempre dura.

XI

Á la muerte de don José Antonio Conde, docto anticuario, historiador y humanista.

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al día!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!
Y á mí, que débil siento
El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡mísero!
Largo vivir me da.
Ó fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
Á aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiración;
Ó á mí sólo llevara
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nación.
Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y joven conociste
Cuánto le son nocivos
Al generoso espíritu

El ocio y el placer.
  Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas,
Donde Temis, severa,
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas, digno intérprete,
Llegaste á florecer.
  Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.
  Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.
  Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Ática,
Supiste declarar.
  Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al Numen dirigía,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.
  La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,

Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.
  Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.
  Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;
  Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel.
  A ti fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.
  Y á ti, de dos naciones,
Ilustres enemigos
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico

Dignos ejemplos dar.
  Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplansos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oir.
  La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.
  ¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la región de olvido
Ciñes áurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,
  No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben, pérfidas,
Envidia y ambición.

EPIGRAMAS

I

PARA UNA ESTATUA DE LA FARMACIA

Á la ciencia de Hipócrates unida
Dilata los instantes de la vida

II

PARA EL SEPULCRO DE ALMANZOR

No existe ya, pero dejó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerle,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fué, que nunca en sucesión eterna
Darán los siglos adalid segundo
Que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

III

PARA LA CORTINA DE UN TEATRO

Vicios corrige la vivaz Talía
Con risa y canto y máscara engañosa,
Y el nacional adorno que se viste.

Melpómene, la faz majestüosa
Bañada en lloro, al corazón envía
Piedad, terror cuando declama triste.

IV

PARA EL SEPULCRO

de don Francisco Gregorio de Sales.

En esta veneranda tumba, humilde,
Yace Salicio : el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardón. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambición remoto,
Á el trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazón, como su lengua, puro,
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

V

PARA UN RETRATO

del autor remitiéndosele á una señora valenciana.

Á la Ninfa del Turia, ilustre y bella,
Mi imagen doy, y el corazón con ella.

VI

Á UN NIÑO

llorando en los brazos de su madre.
(Traducción del inglés.)

Tú, que gimes doliente,
Bañando en lloro de tu madre el seno,
Mientras que todo en torno es alegrías;
¡ Oh ! vive á la virtud, niño inocente;
Porque al venir la noche eterna, lleno
Lo dejes todo de dolor vehemente,
Y tú contento rías.

VII

Á UN ESCRITOR DESVENTURADO

cuyo libro nadie quiso comprar.

En un cartelón leí
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende...
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

VIII

IRREVOCABLE DESTINO

de un autor silbado.

« — Cayó á silbidos mi *Filomena*.
— Solemne tunda llevaste ayer.

— Cuando se imprima, verán que es buena.
— ¿Y qué cristiano la ha de leer? »

IX

Á LESBIA, MODISTA

Lesbia, tú que á las bonitas
Añadir adornos puedes,
Como á todas las excedes,
De ninguno necesitas.

X

Á LA MISMA, DE OTRO MODO

En la gala y compostura
Que á nuestras jóvenes das,
Lesbia, tu invención se apura;
Si las dieras tu hermosura,
Nunca te pidieran más.

XI

Á LA MISMA, DE OTRO MODO

Cuando á nuestras damas bellas
Adorna tu docto afán,
Venus y el Amor te dan
Más que te debieron ellas.

FIN

ÍNDICE

Vida y obras de don Leandro Fernández de Moratín 5
Ediciones 8
Bibliografía 8
La derrota de los pedantes 9
Sátiras 67
Lección poética 67
Epístolas 87
Traducciones de Horacio 119
Sonetos 137
Romances 151
Odas 213
Epigramas 247

Imp. P. LANDAIS, 16, Passage des Petites-Écuries

257

En rústica 2 fr. — **Biblioteca Economica de Clásicos Castellanos** — En pasta 2 fr. 75

PUBLICADO :

Góngora : OBRAS POÉTICAS (I) — Gonzalo de Berceo : PROSAS — Esteban González : ESTEBANILLO GONZÁLEZ — San Juan de la Cruz : EL CANTICO ESPIRITUAL Quevedo : LOS SUENOS. — Arcipreste de Hita : EL LIBRO DE BUEN AMOR — Hurtado de Mendoza : EL LAZARILLO DEL TORMES y Vélez de Guevara : EL DIABLO COJUELO. — Moratín : DERROTA DE LOS PEDANTES

En rústica 3 fr. 50 — **AUTORES MODERNOS (colección ilustrada)** — En pasta 4 fr. 25

PUBLICADO :

A. HERMANT : LAS CONFIDENCIAS DE UNA ABUELA — LOS TRANSATLANTICOS — HISTORIA DE UN HIJO DE REY = Marcel PREVOST (de la Academia francesa) : Las Vírgenes fuertes : FEDERICA ; LEA (2 tomos) — MI PRIMA LAURA — UN HOGAR FELIZ = Paul BOURGET (de la Academia francesa) : DRAMAS DE FAMILIA — LA DAMA QUE HA PERDIDO SU PINTOR = Maurice BARRÈS (de la Academia francesa) : EL JARDÍN DE BERENICE SANGRE VOLUPTUOSIDAD Y MUERTE = Juana LANDRE : CEBOLLETA Y SUS AMANTES

En rústica 3 fr. 50 — **Obras maestras universales ilustradas** — En pasta : 4 fr. 25

PUBLICADO :

STENDHAL : EL ROJO Y EL NEGRO — LA CARTUJA DE PARMA. — George SAND : LA ÚLTIMA ALDINI = BALZAC : EL LIRIO EN EL VALLE Edgard POE : CUENTOS FANTÁSTICOS

En rústica 2 fr. — **AUTORES SELECTOS (nueva colección)** — En pasta : 2 fr. 75

Camilo FLAMMARIÓN : ENSUEÑOS CELESTES = Madama de LA FAYETTE : LA PRINCESA DE CLÈVES

En rúst. 2 fr. 25 — **Vida anecdótica y pintoresca de los grandes escritores** — En pasta : 3 fr.

PUBLICADO

George SAND, Lord BYRON, GŒTHE, BALZAC, Victor HUGO, BAUDELAIRE

En rústica 1 fr. 50 — **COLECCIÓN HISTÓRICA ILUSTRADA** — En pasta : 2 fr. 25

PUBLICADO :

LA ABDICACIÓN DE BAYONA — LOS DÍAS DE TRIANÓN
LA CORTE GALANTE DE CARLOS II — ESPAÑA EN 1810
LOS DÍAS DE LA MALMAISÓN — LA VERDADERA REINA MARGOT
RESIDENCIA ALEMANA
EL GUAPO LAUZUN — LA VIDA EN LA BASTILLA

En rústica 2 fr. — **ENCICLOPEDIA LITERARIA ILUSTRADA** — En pasta : 2 fr. 75

PUBLICADO :

GRECIA - INDIA - POETAS LATINOS - PROSISTA LATINOS - NORUEGA PERSIA - NOVELA ALEMANA - EL TEATRO ITALIANO

En rústica 2 fr. — **LOS GRANDES FILÓSOFOS** — En pasta 2 fr. 75

PUBLICADO :

PLATÓN - MONTESQUIEU - DESCARTES - BOUTROUX - PASCAL

En rústica 4 fr. 50 — TURGAN — **LA AVIACIÓN** — En pasta : 6 fr.

(TRADUCCIÓN DE JOSÉ MUÑOZ ESCÁMEZ — 85 ILUSTRACIONES)

En rústica 10 fr. — CLOTILDE LOZANO — **CORTE Y CONFECCION al alcance de todos** — En pasta : 12 fr.

(600 ilustraciones)

En rústica 3 fr 50 — JULES HURET — **LA ARGENTINA De BUENOS AIRES AL GRAN CHACO** — En pasta : 4 fr. 50

(Prólogo y traducción de Gómez Carrillo)

Imprimerie Pierre LANDAIS, 13, passage des Petites-Écuries Paris

LS
M8314d

Moratín, Leonardo Fernández de
La derrota de los pedantes y poesías.

490212

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED